

ESTRELLA DE BELÉN



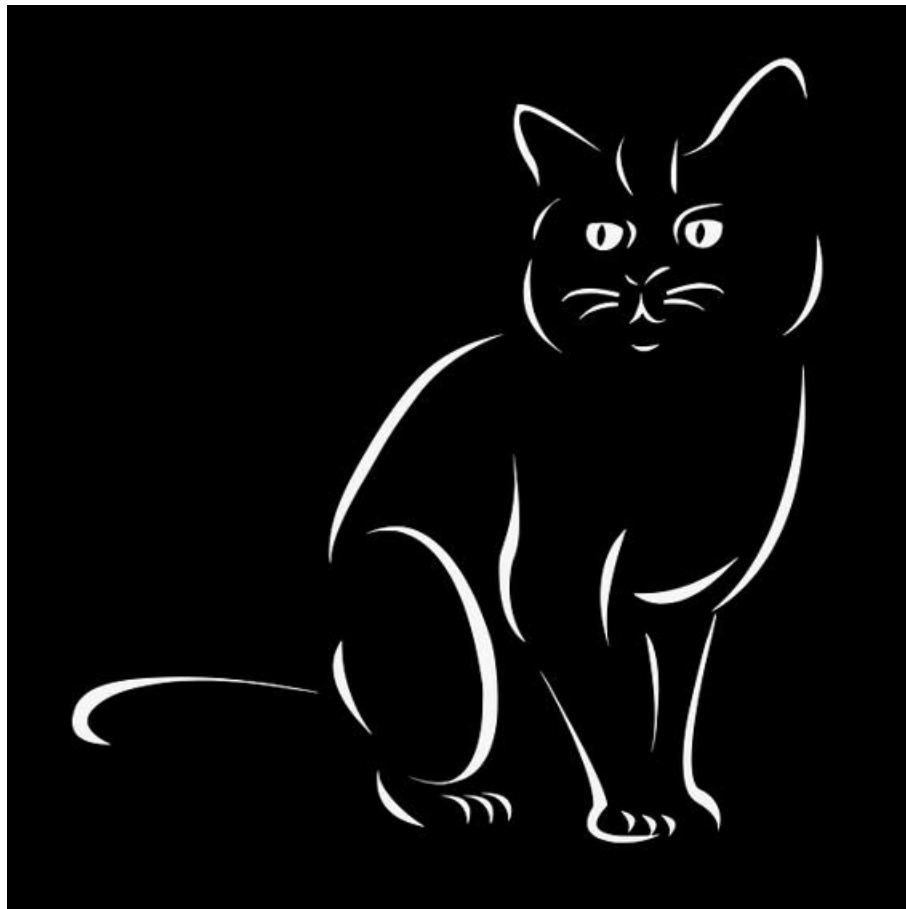
UN CUENTO DE NAVIDAD

CHITA FERRERO

ESTRELLA DE BELÉN
UN CUENTO DE NAVIDAD

CHITA FERRERO

INDEPENDENTLY PUBLISHED



Derechos de autor © 2023 CHITA FERRERO

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Tal vez la Navidad, pensó el Grinch, No viene de una tienda. Tal vez... tal vez... ¡La navidad significa un poco más!

DR. SEUSS

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Epígrafe](#)

[1. EL REGRESO DE LA GRINCH](#)

[2. EL TRATO](#)

[3. TREGUA INVERNAL](#)

[4. ECOS DEL PASADO](#)

[5. UNA NOCHE INESPERADA](#)

[6. UNA DEUDA PENDIENTE](#)

[7. REGALOS DE DESPEDIDA](#)

[8. EL CORAZÓN DEL REFUGIO](#)

[Agradecimientos](#)

[Libros de este autor](#)

1. EL REGRESO DE LA GRINCH

Desde un reproductor musical que había sobrevivido un montón de navidades, *It's Beginning to Look a Lot Like Christmas* sonaba en el taller de El Refugio de la Navidad y su tienda de artículos de decoración. El Refugio era un remanso de paz y tradición, ajeno a las prisas y los estreses modernos. Las guirnaldas doradas colgaban de las vigas. Los estantes estaban repletos de delicadas artesanías hechas a mano. El local, iluminado con cálidas luces ambarinas, ofrecía un aroma a jengibre, madera de pino y canela especiada.

Belén, la joven propietaria de El Refugio, estaba orgullosa de ser la última artesana de la Navidad, una fiesta que había sucumbido a la globalización y a la reproducción mecánica y cuyo componente artesano ella intentaba preservar. A sus 28 años, no se imaginaba trabajando en otro lugar. Y, por supuesto, cuando la Navidad se acercaba, y ya estaban a 14 de diciembre, la satisfacción era tan plena como la que proporciona la fruta madura cuando señala que el momento de máxima plenitud ha llegado.

Belén ajustó una cinta dorada en torno a la cintura del ángel, ató un perfecto lazo y, después de varios retoques, asintió satisfecha. Esas figurillas, talladas y pintadas a mano, eran de sus creaciones favoritas. Transmitían el espíritu navideño con una elegancia simpática, al alcance de todos. Ya había dado vida a una legión de ángeles esa semana, una tarea que requería concentración, amor y paciencia, pero le encantaba su trabajo y esperaba que sus clientes lo apreciaran tanto como ella.

Aquel era su periodo preferido del año con mucha diferencia. Claro que últimamente el negocio también estaba trayendo consigo enormes presiones y preocupaciones. Las facturas impagadas se apilaban en la oficina y las ventas caían en picado sin que, a pesar de su esfuerzo, consiguiera revertir la situación. Tenía que admitir que era mucho mejor artesana que gestora, pero era muy difícil sobrevivir en aquellos tiempos de competencia feroz y precios de risa. ¿Qué podía hacer si la gente prefería el plástico barato a los adornos de calidad hechos a mano? Tal vez le faltaba ambición o capacidades de venta. Aunque trabajaba muy duro, Belén tenía justificadas razones para temer que aquellas podían ser las últimas navidades al frente de El Refugio. Se sentiría fatal si eso llegara a suceder, como si traicionara el sueño de Mercedes, la antigua dueña y fundadora del taller y la persona que le dio la oportunidad de trabajar allí y después ser propietaria. Intentó sacar esas ideas negativas y temores de su cabeza y concentrarse en lo que podía hacer: aportar la máxima ilusión a su proyecto de vida. Muchos ángeles esperaban aún su lazo y las cavilaciones solo la retrasaban.

La campana de la puerta interrumpió su concentración. El corazón de Belén se animó con la optimista perspectiva de acoger en El Refugio a un nuevo cliente, pero su sonrisa solícita y sincera se quedó congelada cuando sus ojos se posaron en la figura que acababa de entrar a la tienda.

Estrella era la última persona a la que esperaba ver por ahí. Volvió a mirarla: sin duda era ella. Se quitó los guantes con un gesto metódico mientras parecía estudiar a Belén y sopesar las diferencias y las similitudes con la persona que tenía en la memoria.

Desde luego, seguía siendo una pija. El negro sobrio de su caro abrigo contrastaba con la calidez y los colores del taller y a Belén le hizo pensar en una bruja. No porque Estrella fuera fea o tuviera una cara verde de barbilla prominente y una verruga en la nariz, ni porque irradiara una particular maldad, al menos a primera vista. En realidad, Estrella era bonita, su cutis era muy

pálido y delicado y su cara, hermosa, pero una no se ganaba en su mente el apodo de la Grinch de forma gratuita. Y había razones sobradas. No había nadie que representara menos el espíritu de gratitud, asombro, magia y alegría de la Navidad que aquella mujer. Todo en ella transmitía frialdad: su piel, que parecía de mármol, sus ojos de pupilas de un azul clarísimo que recordaban al hielo, su pelo claro y sus labios pálidos, que cubría con un suave maquillaje. La gélida Grinch.

La nieve de las botas de Estrella había formado un charquito en el suelo entarimado del taller y Belén se fijó en el reflejo hermoso de las luces decorativas sobre el agua. A cualquier otra persona se lo habría hecho notar, para que disfrutara de un inesperado momento de belleza, pero sabía que Estrella no apreciaría el comentario. En esos momentos estaba junto al árbol de Navidad, examinando el lugar con una mirada crítica que no había perdido la severidad a pesar de los años.

¿Cuanto hacía que no visitaba El Refugio? La antipatía que la recién llegada sentía por aquel lugar que Belén consideraba su hogar era patente. Aún recordaba muy vívidamente el día que Estrella, entonces una jovencita como ella misma, se presentó en el taller, dijo auténticas barbaridades sobre la Navidad y sobre ella, la acusó de ser una usurpadora y le lanzó un libro a la cabeza. El libro, *Cómo el Grinch robó la Navidad*, era un ejemplar de tapa dura y le impactó en la frente. Aún conservaba la cicatriz junto al nacimiento del pelo. Desde entonces, y aunque después la distancia entre ellas había sido total y el contacto nulo, Belén sentía una justificada animadversión que se manifestaba en una sensación subyacente de amenaza.

Cuando Estrella avanzó en su dirección, Belén tensó la espalda y cruzó los brazos.

—Qué sorpresa. ¿A qué debo el disgusto?

Belén se arrepintió de su agresividad espontánea, sin duda motivada por el recuerdo del pasado, pero Estrella esbozó una sonrisa. Le gustaban los conflictos y tenía una afilada capacidad de respuesta.

—¿Disgusto? Es una palabra un poco fuerte, ¿no? ¿O reservas toda tu dulzura para los angelitos? —señaló las figuras que esperaban en formación.

Belén se había puesto a la defensiva porque la visita de Estrella, tan inesperada, la hacía presagiar dificultades. ¿Qué otro motivo tendría para ir a un lugar que había jurado no volver a pisar en la vida? ¿Qué buscaba en su tienda?

—Si alguna vez hubieras demostrado tener corazón me preocuparía por haber herido tus sentimientos —dijo Belén tratando de no mostrarse intimidada por su visitante.

—Te recordaba más sutil —replicó Estrella—. ¿Cuántos años hace que...?

—Casi 10.

En realidad Estrella tenía un vínculo muy importante con el Refugio. Belén se había hecho cargo del negocio familiar de Mercedes, la madre de Estrella, precisamente cuando ésta, que llevaba años distanciada de su progenitora, rechazó la oferta. Las chicas tenían la misma edad entonces: 18.

—Cómo pasa el tiempo —dijo Estrella, examinando la tienda con un aire gélido—. Excepto por aquí, claro. ¿No sabías que no se lleva nada la combinación rojo y verde, ni la decoración recargada?

—En este taller nos gusta mantener la tradición. Es lo que tu madre quería.

Estrella levantó una mano para cortar la conversación:

—No hace falta que hablemos del pasado. Los muertos están bien donde están.

—¿Por qué has venido? —preguntó Belén— ¿Te aburres en tu torre de marfil?

Aunque no tenían trato, alguna vez, movida por una morbosa curiosidad, Belén la había buscado en redes sociales. Sabía que Estrella vivía en la capital y era una interiorista

prometedora. Cuando visitaba el pueblo, en las contadas ocasiones en que lo hacía, apenas se relacionaba con los locales y jamás se acerba a El Refugio. Era una joven emprendedora y exitosa pero solitaria. Y a la vista estaba que tenía un carácter imposible.

—He oído que el negocio se está desmoronando y he venido a verlo con mis propios ojos —la provocó Estrella.

Si no hubiera sentido un gran respeto por Mercedes, su madre, Belén la hubiera echado de allí, pero no podía hacerlo (y tampoco sabría cómo porque no había echado jamás a nadie de su tienda). De algún modo existía un vínculo entre aquella estirada joven y el lugar que Belén tanto amaba. Y ante todo Belén era respetuosa.

—Si es tu manera de felicitarme la Navidad, gracias, pero yo creo en la magia de esta época. Y no vas a deprimirme.

El escepticismo se dibujó en la cara de Estrella pero sus ojos revelaron algo de sorpresa.

—Estoy haciendo tiempo mientras espero a un buen cliente. No te pongas tensa. Solo nos vemos de década en década. No he venido a cerrarte el local ni nada de eso. Ya se va a ir a pique él solo.

Belén observó a través de los cristales. La nieve caía con fuerza en ese momento y consideró que sería un poco desalmado negarle el refugio incluso a alguien como Estrella, una infeliz amargada, sí, pero que no merecía coger una pulmonía.

Luchando contra sus fantasías de echarla, Belén templó sus nervios, se acercó al rincón del café, en la trastienda, escogió una taza roja y blanca, preparó un chocolate caliente y lo especió con un aroma de canela y clavo. Regresó a la tienda y se lo acercó a Estrella:

—Pareces helada —dijo.

La chica miró la taza con recelo.

—No está envenenado —dijo Belén—. Me encantaría matarte, pero no sabría que hacer con tu cuerpo.

Estrella volvió a sonreír pero no cogió la taza.

—Estoy a dieta —dijo.

—Es evidente —murmuró Belén entre dientes dejando la taza en el mostrador.

Cansada ante sus desplantes, Belén decidió ignorar a su visitante y seguir con su trabajo. Cogió otro lazo dorado y lo pasó por la cintura de un angelito. Cinco minutos después, Estrella seguía ahí de pie, ajena al universo navideño y su buen rollo, rígida, con ese abrigo que parecía más bien una armadura. Y a Belén le entraron ganas de zarandearla. No de lastimarla sino de despertarla, de despojarla de toda su pose de la gran ciudad. Claro que no era un método muy amable para insuflar a alguien la belleza de la Navidad. Incluso en los ojos glaciales de Estrella, en la respingona nariz, en la barbilla que mantenía un poco alta, Belén veía algo de la niña que una vez tuvo que ser. Esa que no había conocido pero que no podía ser tan terrible como la actual joven que estaba plantada en su tienda.

—¿De verdad alguien necesita todas estas cosas inútiles en su casa? —dijo Estrella inspeccionando una bola de navidad. Era de vidrio soplado y a Belén le gustaba especialmente así que el comentario le molestó, pero hizo un esfuerzo por mantenerse calmada y no reaccionar. Empezaba a sospechar que Estrella disfrutaba pinchándola.

Pero claro que le disgustaba esa manera de criticar, sin ninguna esencia constructiva ni consideración hacia los sentimientos ajenos. Movida por una idea nueva, se dirigió al archivador de la trastienda donde almacenaba los archivos y regresó con un álbum de fotos de tapas desgastadas que Mercedes guardaba en la tienda y que, tras su muerte, nadie había reclamado. No sabía por qué pero se le había ocurrido contrarrestar la mala uva de Estrella con los buenos

recuerdos. Abrió el álbum de par en par frente a Estrella, que en ese momento merodeaba cerca del mostrador. Le señaló una foto en la que Estrella, que representaba ser una niña de unos cinco años, abría un regalo de Navidad con la cara más cándida e inocente del planeta. Estaba junto a un abeto de Navidad que lucía adornado y esplendoroso:

—Parece que la Grinch fue una niña tierna alguna vez. Y también parece que alguna de estas cosas inútiles le hizo brillar así la mirada.

Estrella miró la foto, primero con asombro y luego con la acostumbrada tensión que parecía tenerla siempre crispada y enfadada, resguardada en un halo de distante indiferencia.

Recorrió las páginas con una desgana que parecía forzada.

Mientras pasaba las páginas, Belén se fijó en una foto de la madre de Estrella y la señaló con el dedo:

—Tú madre sí creía en la magia.

—La magia no existe —sentenció Estrella cerrando el álbum y casi pillando el dedo de Belén. En su mandíbulas se veía la tensión y Belén se arrepintió de inmediato de haberla llevado a un viaje al pasado. Era evidente que todo aquello la disgustaba y quizá se había arriesgado demasiado. Sin embargo, por unos instantes, Estrella parecía haber perdido su arrogancia y luchaba por volver a ponerse su escudo.

Belén se sintió incapaz de atormentarla más. Ignoraba qué la había hecho volver a EL Refugio, pero sabía que había presenciado un momento de vulnerabilidad de aquella joven tan distante, que había encontrado una fisura en sus defensas sin su consentimiento.

—La Navidad transforma a las personas —dijo Belén recuperando el álbum—. No quería molestarte, es solo que trato de preservar todo esto que tú quieres dejar atrás y además parece despreciar bastante. Para mí esta tienda, este trabajo, tu madre... representan algunos de los momentos más felices de mi vida. Y es algo que puedo perder para siempre. Estás bien informada. Es cierto que las cosas no van bien y el negocio está en peligro. Es peor que eso en realidad, y no debes creer que, porque sea una entusiasta de la Navidad, soy una estúpida. La verdad es que solo un milagro salvará al Refugio de la Navidad.

—¿Tan grave es la cosa? —las palabras de Estrella distaban de ser cálidas pero se habían despojado de su punzante mordacidad inicial. Al menos de momento.

—Peor. Y no sé cuál es el problema. No lo entiendo. Ofrezco la calidad de siempre, los adornos de siempre...

—La repetición de siempre —concluyó Estrella—. Los tiempos han cambiado y cualquier pasado no siempre es mejor. La gente aprecia las artesanías, por supuesto que tienen valor, pero eso no basta. A los clientes has de proporcionarles una experiencia, contarles una historia con el espacio, crear un sueño, un viaje al que transportarse. Eso El Refugio no lo tiene. Aquí solo existe el eco del sueño de alguien más que ya no está entre nosotros. Esto es un mausoleo.

Belén estaba muy sorprendida por aquellas palabras que habían parecido sinceras y que parecían traerle algo de verdad. Ella adoraba El Refugio, casi lo veneraba con fervor y devoción, tratando de honrar la memoria de la madre de Estrella. Pero quizá, con tanta nostalgia, había olvidado que El Refugio también estaba vivo y reclamaba cambios a la altura de los desafiantes tiempos.

—Ayúdame a restaurar este lugar —pidió Belén movida por una urgencia que casi parecía una inspiración divina.

—¿Qué?

—Tal vez por eso has entrado hoy aquí.

—Para el carro, guapa. Solo he entrado porque me estaba helando y tengo una cita cerca.

—Tú eres una gran interiorista. Tal vez tú puedes ayudar a que El Refugio renazca.

—Ni lo sueñes —zanjó Estrella abotonándose su abrigo negro.

—Estrella, este taller... es tu legado tanto como fue el de tu madre. Está en peligro y, por mucho que me cueste admitirlo, no puedo salvarlo sola.

—Pues pídeles ayuda a tus gnomos de la Navidad.

Y salió por la puerta haciendo tintinear la campana.

Belén miró la puerta cerrada, con una determinación que no parecía haberse quebrado por la negativa de Estrella, pero que parecía sacarla del embrujo de su presencia. Se sentía muy desconcertada por su propia apertura, preguntándose qué impulso loco le había llevado a pedirle ayuda a alguien que parecía tan contraria al espíritu de lo que su madre había representado.

2. EL TRATO

Estrella alzó el cuello de su abrigo, se aferró la garganta y miró al cielo blanco. Ni siquiera para eso se podía confiar en el pueblo. El tiempo se había vuelto loco y parecía que se desataba una salvaje tormenta de nieve, justo cuando ella estaba allí. Menuda bienvenida. El giro adverso de los acontecimientos climáticos la había tomado por sorpresa. No tenía con qué protegerse pero quería alejarse de El Refugio de la Navidad y de todos los recuerdos asociados a él lo antes posible. Puede que hubiera sido una broma con Belén, pero aquello de sacarle el álbum familiar por sorpresa y mostrarle una foto de su madre había sido un golpe bajo que le había causado un desconcierto del que todavía no se había repuesto. Le daba mucha rabia haberse mostrado vulnerable y se lamentó de su falta de autodominio. Y que Belén le hubiera propuesto trabajar juntas, eso era directamente ridículo. Prefería lavar los baños de un McDonalds.

De forma inesperada, una ráfaga de viento la golpeó y la empujó hasta hacerla caer de rodillas.

Escuchó un “¡Cuidado!” y después oyó un golpe sordo. Instintivamente se protegió la cabeza apoyando los codos en la capa de nieve que cubría el suelo. Levantó la cabeza, un árbol había caído derribado a solo unos centímetros de ella. El viento soplaba tan fuerte que no podía escuchar ni sus pensamientos. Intentó incorporarse, pero sus piernas temblaban y amenazaban con hacerla caer de bruces una vez más. Estaba paralizada de terror.

De pronto alguien la agarró por los hombros y la arrastró hacia atrás. Fue un alivio sentir la firmeza de esos brazos rescatándola de la vertiginosa espiral de nieve y viento que parecía querer tragársela, así que se rindió, incluso si no entendía quién o a dónde la llevaban. En medio de la vorágine de viento y hielo, escuchó el tintineo de la campana y se vio de nuevo arrastrada a El refugio de Navidad. Miró Atrás. Era Belén quien la había vuelto a meter en la tienda.

—¿Estás bien? —preguntó.

Estrella quería incorporarse, mostrar su tranquilidad, pero estaba conmocionada, intentando adaptarse de pronto a la calidez y seguridad de aquel espacio, hasta el punto que solo veía en Belén a una chica pelirroja de ojos avellana con la cara y el pelo cubiertos de copos de nieve, sin ninguna conexión con su pasado.

—¿Te has golpeado en la cabeza? —preguntó Belén moviendo una mano delante de ella.

—¿Qué?... no... No, estoy bien —al menos volvía a entender las palabras y ya comprendía la situación. Había estado a punto de morir aplastada por un árbol a las puertas de El Refugio.

—Te has roto el abrigo —dijo Belén fijándose en desgarró a la altura del bolsillo izquierdo—. Tiene pinta de caro.

Sin tiempo para la calma, una violenta ráfaga de aire sacudió la puerta de la tienda y Belén corrió a asegurarla.

—¡Dios mío! Esto parece el fin del mundo.

Belén, con una lucha férrea contra la inclemencia del tiempo, se las arregló para bajar la persiana con un gran esfuerzo. Después respiró hondo y miró a Estrella.

—Olvídate de tu cita —dijo.

Eso la trajo de vuelta de manera inmediata. Si había algo capaz de hacer reaccionar a Estrella era sin duda una alusión a su trabajo.

—Tengo que ver a mi cliente —dijo acercándose a la puerta que ahora había quedado sellada con la persiana exterior. La mera frase sonó tan ridícula que Belén entonó los ojos.

—Me temo que eso tendrá que esperar a que el fin del mundo termine.

Estrella tuvo que admitir para sus adentros que lo que Belén decía era muy sensato, pero odiaba sentirse sin el control de la situación, encerrada en aquel lugar que le removía todo el pasado. ¡Con Belén!

Belén pareció capaz de captar sus pensamientos porque se alejó de ella y se sentó ante la mesa de su taller.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Estrella.

—Trabajar, claro. Aunque no lo creas, los gnomos no me ayudan.

Esa puyita le recordó lo grosera que había sido con Belén momentos antes. Y ni siquiera le había agradecido su ayuda en la tormenta.

—Por cierto, gracias —dijo a regañadientes.

Belén asintió y se encogió de hombros como si no necesitara su gratitud, cosa que le resultó aun más mortificante.

Por suerte para una adicta al trabajo, Estrella aún conservaba su móvil y con ese pequeño dispositivo podía hacer casi cualquier cosa.

—¿Dónde podría hablar con tranquilidad? —preguntó con un tono que sonó demasiado confidencial o importante.

—¿Quieres decir para no molestar a alguien a quien no le importan nada tus conversaciones?

—Sí, algo así.

Belén señaló con un dedo la trastienda, después se acercó a la cadena musical y subió el volumen. *Last Christmas*, de Wham sonó en El Refugio y Belén comenzó a canturrear. Estrella murmuró algo indetectable y se dirigió a la trastienda.

Aquel era un espacio muy distinto del local comercial, pero desde luego se sentía acogedor y estaba cuidado. Era evidente que Belén pasaba muchas horas allí también. El viento se colaba por las tuberías lanzando gemidos espeluznantes que le recordaban la extrema fuerza del temporal. Suspiró por estar a salvo de la locura exterior, se arregló el pelo, se quitó el abrigo y, sin perder más tiempo, inició una videollamada con su cliente.

Andrés Lambert era un empresario caprichoso y muy exigente, un hueso duro de roer pero, una vez convencido, no reparaba en gastos. Estrella necesitaba esa cuenta. Era una interiorista de éxito, pero sabía que la popularidad profesional era un fenómeno contagioso para bien y para mal. Si un cliente tan importante como aquel la despreciaba, el efecto dominó no se haría esperar. Y lo contrario también era cierto. Aquella era la llave para mejores contratos, un paso adelante en su carrera, una nueva cima por conquistar. Posicionarse como una de las mejores de su campo con menos de 30 años era un sueño que ambicionaba y ante el que todo sacrificio le parecía poco.

Estrella se disculpó ante su cliente por faltar a la cita en persona, le explicó que se hallaba atrapada por la tormenta y propuso una nueva reunión en cuanto fuera posible.

—Estoy muy ocupado —dijo su cliente con desdén.

Estrella se sorprendió. Había viajado a propósito hasta el pueblo y contaba con el interés firme de él. Es cierto que los ricos eran muy excéntricos y su palabra a menudo no valía nada, pero, si Lambert se mostraba así o bien la estaba castigando o bien ya tenía otros planes en su cabeza para los que no contaba con ella, lo cual era peor.

—¿Has cambiado de opinión respecto a nuestra colaboración? —preguntó tratando de sonar profesional, prudente y atenta a la vez.

—Colaboración es una manera extraña de llamar a algo que me cuesta tanto dinero. Y no me importaría, si el trabajo fuera excelente...

Aquello saltó las alarmas. ¿Se trataba de la presión conocida para conseguir una rebaja o un

dardo certero? El cliente prosiguió. Su mirada era fría y severa.

—No es que trabajes mal. Ni me molestaría en hablar contigo si no fueras buena, pero...

—Pero...

—Creo que estás perdiendo la chispa. Estoy hasta el nardo del estilo minimalista. Me parece hueco, absurdamente pretencioso y condescendentemente oriental. Algo para snobs o curas protestantes. Y yo no soy nada de eso.

Estrella trató de mantener su sonrisa intacta. Que su mejor cliente estuviera lanzando un misil a su sistema de flotación: el estilo minimalista, su seña y bandera, su imagen de marca, era algo difícil de encajar y para lo que no se había preparado. «¿Había dicho estoy hasta el nardo?»

—Bueno, Andrés, yo creo que eso no tiene mucho fundamento. Las tendencias de Londres y Berlín apuntan todas a ...

—Me importan un carajo a donde apuntan las tendencias de Londres, Berlín, Pequín o la madre que lo parió. Todo eso me aburre. Necesito algo nuevo y a la vez auténtico. Paseando por este encantador pueblo que aún conserva algo de sensatez y que no se ha vendido al estilo ese sobrio, uniforme, triste y deprimente que parece sacado de una pesadilla más allá del telón de acero, me he dado cuenta de que me gusta el color, me gustan las texturas y me gusta la exuberancia. ¡Mira! —Su cliente le acercó a la cámara un jersey verde con un reno bordado. Estrella tuvo que parpadear diez veces para evitar un cortocircuito interior—. Esto tiene más verdad que todas esas camisas grises o esos jardines zen que parecen cajas de arena de gato. Necesito un estilo que me haga recordar a mis antepasados, pero con elegancia, claro, no quiero tampoco cosas de un bazar de todo a cien. Quiero ese toque, quiero esa energía, quiero... Quiero eso. —El dedo de su cliente apuntaba por encima del hombro de Estrella. Y esta se giró.

A su espalda había un árbol de navidad en miniatura encapsulado en una cúpula de vidrio. El árbol estaba adornado con pequeñas figuras y rematado con una estrella luminosa. Era un trabajo fino, sí, pero muy modesto.

—¿Te refieres a esta absurda pecera?

—Me refiero a esa obra de buen gusto. Es fina, elegante, tradicional. Es una expresión de admiración a la Navidad, sin excusas, sin vergüenza. Honesta.

Estrella trataba, sin éxito, de ver todo eso en aquella pieza pero sus neuronas estaban capturadas por el horror que estaba viviendo en la videollamada y por la tirria que le daba todo lo navideño.

—Si eres capaz de ofrecerme algo así, podemos hablar. Si no, no necesitamos seguir esta conversación.

—¿Algo así, qué significa exactamente?

—Faltan diez días para Nochebuena. Si puedes conseguir que mi palacete del pueblo luzca así, con ese justo toque a diseño honesto, artesano y con encanto, trabajaremos juntos todo el año que viene. Si no, no me interesas lo más mínimo.

Estrella sintió que podría desmayarse ahí mismo, que aquello que le estaba pasando era mil veces peor que casi haber sido aplastada por un árbol minutos antes a la puerta de la tienda de su madre. Si había alguien incapaz de conectar con una decoración de interiores de Navidad era ella. La aborrecía, por completo. Cualquier cosa navideña, le hacía rechinar los dientes.

—¿Qué me dices, eres capaz? —insistió Lambert.

Las palabras resonaban en su cabeza como el juicio más severo proveniente de su interior. ¡Cuántas veces se había hecho ella la misma pregunta, casi en tono de amenaza! “¿Eres capaz?”. Cuántas veces se había lanzado a perseguir un reto casi imposible. Pero no le asustaba cuando se trataba de trabajar sin descanso, cuando había de entregar su alma, milímetro a milímetro. Eso

podía hacerlo. Aquello de la Navidad escapaba por completo a sus posibilidades.

—Por supuesto —se oyó decir, sujetando la cúpula de vidrio con la tensa sonrisa que utilizaba cuando mentía—. No es casualidad que esté hoy aquí. El Refugio de la Navidad es mi tienda favorita del pueblo. Aunque no lo parezca, yo también soy una amante de estas fiestas.

—Bien, pues en diez días tendremos una respuesta definitiva sobre tus capacidades. Y ahora, te dejo. Voy a tomarme un ponche.

Su cliente colgó sin esperar más explicaciones y Estrella lanzó un grito de rabia.

¿Cómo era posible! Había tenido que reaccionar deprisa, pero ahora se enfrentaba a un dilema. ¿Cómo iba a poder hacer frente al reto si odiaba con todas sus fuerzas aquel estilo?

La música de Mariah Carey la hizo volver a la realidad. Se pellizcó. Tal vez aún estaba soñando. Pero no, estaba en la trastienda de El Refugio de la Navidad, aquel espacio que había pertenecido a su madre. Su santuario. Algo de su espíritu estaba aún en cada objeto y rincón y eso la hacía estremecerse en una ambivalente mezcla de sentimientos demasiado difíciles de afrontar. A los 18 años se había separado para siempre de todo aquello y el resto de cada día de los últimos diez años los había pasado tratando de distanciarse de sus emociones, convirtiendo a su madre en un recuerdo lejano, inaccesible e inocuo.

Pero ahora debía ser práctica, apelar a su materialismo, endurecerse y sacar aquel problema adelante. La voz de Belén llegó hasta ella, cantando al compás de la estúpida música.

“All I Want for Christmas Is Youuuuuu”.

Estrella atravesó la trastienda y se acercó hasta Belén. Ella seguía inclinada sobre su lámpara pintando una miniatura. Le maravilló su absorción en la tarea. Ahora todo lo que veía alrededor y que había juzgado como fruslerías sin valor le parecía del potencial agrado de su cliente. Estaba en una situación de vida o muerte. Se situó detrás de la chica.

—Bonita figurita —dijo.

—Ahhhh— Belén dio un respingo y soltó un grito agudo que a la vez sobresaltó a Estrella.

—¿Qué pasa?

Belén la miró como alguien miraría a un extraterrestre.

—Casi me había olvidado de ti.

—Bueno, pues estaba en una videollamada, recuerdas?

Belén asintió, dejó el pincelillo sobre la mesa y bajó la música.

Estrella dio unas zancadas por la tienda, se sentía muy agitada. Podía encarar aquel asunto de varias maneras. En realidad solo quería asegurar el éxito de su objetivo a corto plazo y para eso la sinceridad bastaba y casi era precisa.

—Si aún te interesa mi ayuda para salvar este sitio, has de saber que tengo un precio —dijo. Y su mirada fue tan intensa que Belén se sentó en su taburete, intrigada. Y la dejó hablar, intuyendo que en la videollamada que había tenido lugar en su trastienda, había pasado algo que iba a cambiar sus destinos.

Así, en los siguientes minutos Estrella le planteó un trato: compartir sus conocimientos de interiorismo, su visión de los negocios y su perspectiva contemporánea para modernizar y reflotar El Refugio de la Navidad a cambio de que Belén le enseñara lo fundamental sobre sus creaciones navideñas y la ayudara a crear un proyecto que dejara boquiabierto a su cliente.

—¿De verdad me necesitas para eso? —dijo Belén, quien solía ser modesta con sus capacidades.

Estrella tenía la mano tendida hacia ella, esperando sellar el trato:

—Créeme que de lo contrario no estaría proponiéndotelo.

Belén le estrechó la mano, una mano que a Estrella le resultó inesperadamente cálida y suave y

que, por contraste reveló su propia frialdad.

—Entonces tenemos un trato —dijo retirando la mano en cuanto pudo y metiéndosela en el bolsillo del pantalón ejecutivo que vestía.

Belén asintió y Estrella se dio la vuelta. La tormenta parecía haber cesado. Se puso su abrigo y se dirigió a la puerta.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Belén.

—Mañana. A primera hora.

—¿A dónde vas? ¿Quieres que te llame un taxi?

—Necesito despejarme.

Y sin dar más explicaciones, Estrella desapareció de la tienda.

3. TREGUA INVERNAL

Al día siguiente, a las nueve y dos minutos, Estrella esperaba junto a la puerta cerrada de El Refugio de la Navidad. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, muy profesional y el justo maquillaje daba color a sus mejillas y sus labios. Aunque el sol brillaba tímido entre las nubes y la tormenta de la víspera parecía historia, se arrepintió de no haber llevado una chaqueta más abrigada. Claro que no tenía planeado estar esperando tanto tiempo junto a una puerta vacía: llevaba una hora y media, allí, dando vueltas calle arriba y calle abajo y ya se había tomado tres cafés. Se sentía muy contrariada por el ritmo lento de los lugareños, que no parecían tener prisa por nada. ¿A qué hora se empezaba a trabajar en el pueblo? Miró su Rolex, dorado y femenino. Y cuando levantó la mirada, por fin, vio llegar a Belén.

Belén vestía una gruesa chaqueta marrón que parecía muy calentita. Llevaba unos vaqueros azules ligeramente desgastados y unas botas de trabajo marrones, con cierto estilo. Su pelo rojizo caía suelto sobre sus hombros en unas ondas muy naturales.

—¿Cómo quieres vender más si la tienda está cerrada? —dijo Estrella, incapaz de refrenar su frustración.

Belén la miró con asombro.

—Relájate, son las nueve de la mañana. Nadie compra adornos de navidad a las nueve.

—Las nueve y cuatro —puntualizó Estrella.

Belén decidió ignorarla, levantó la persiana de El Refugio y abrió la puerta. Se sentía muy feliz de entrar en el local cada mañana y no pensaba dejarse amargar por una estresada capitalina. En realidad, trabajaba muchas horas y pasaba mucho más tiempo del necesario en el taller, pero claro, qué iba a saber Barbie auditora de todo eso.

Belén encendió las luces y se quitó la chaqueta. Llevaba puesto un jersey de punto de un rojo carmesí estampado con copos de nieve. Estrella también se despojó de su chaqueta. Su blusa blanca de seda y su falda lápiz le daban el aspecto de una pija ejecutiva. Estaba claro que eran de planetas distintos. Aquel atuendo de Estrella, aunque muy elegante, no era para Belén la imagen de la comodidad ni parecía lo más apropiado para un taller, pero se abstuvo de comentar nada.

Se dirigió a la cafetera eléctrica mientras el ordenador de caja empezaba a arrancar.

—¿Un café?

—Ya me he tomado tres —sentenció Estrella—. Mientras te esperaba.

—Ajá —dijo Belén centrando la mirada en la taza y pensando que aquel exceso de cafeína podía volver a Estrella más irritable de lo normal.

Estrella se percató de que su tono sonaba excesivamente agresivo y, como le gustaba ser una mujer justa, y sentía que su carrera profesional dependía de aquella chica, se hizo el propósito de no decir nada más hasta mejorar su humor. Deambuló por la tienda y se detuvo frente al banco de trabajo de Belén. Sobre este había una muestra de adornos navideños dispuestos sobre la superficie.

—Anoche estuve escogiendo algunas cosas que mostrarte —dijo Belén.

A Estrella no le pasó por alto lo de “anoche”, que le hizo sentir un poco avergonzada por su comentario anterior sobre lo tarde que abría Belén (y lo poco que trabajaba). Concentró su atención en los adornos: unos muñecos de nieve de tela, cascabeles vintage, velas con paisajes invernales pintados a mano, nacimientos de barro pintado... Siempre había considerado todas esas cosas demasiado cursis, tradicionales e inútiles. Y si no fuera porque estaba desesperada,

habría desdeñado todo.

—La tela de los muñecos es de terciopelo y tartán —informó Belén—. Los ojillos son botones de carbón y la zanahoria es fieltro.

Estrella posó sus ojos sobre los muñecos de nieve y cuando, venciendo sus resistencias, tomó uno de ellos y lo examinó con detenimiento, tuvo que admitir que tenían su gracia. Tomó conciencia de que era un producto artesano. Pensar que estaba todo hecho a mano era casi increíble. Miró alrededor.

—¿Lo haces tú todo? Es imposible.

—Casi todo. Los prototipos y una gran cantidad de unidades. Encargo el resto a artesanos locales que colaboran conmigo. Pero sí, puedo pasar horas trabajando sin descanso y eso me vuelve muy productiva. No me importa porque es muy gratificante. Me gusta pensar que cada persona que compra algo de El Refugio se lleva una parte de mí o de otro compañero.

Por la cabeza de Estrella empezaron a pasar números. Calculaba el coste en tiempo y materiales y el beneficio en dinero y no le salían las cuentas.

—Los vendes demasiado baratos —diagnosticó con su ojo clínico.

—La gente del pueblo no es rica.

Estrella no pudo reprimir una exclamación de ironía. No había nada peor que una idealista. O sí: una idealista con un negocio. Además de la dedicación de tiempo, aquellos objetos demostraban un dominio de diferentes técnicas: las casitas de jengibre estaban hechas de madera tallada, las velas estaban pintadas a mano, los muñecos eran de lana afieltrada y trabajada con meticuloso detalle. Había algo en la combinación de técnicas, en la personalidad de cada objeto que lo hacía distinguido y personal. Podía ver el potencial de aquello aplicado a la decoración de un espacio más grande. Y sus ojos adquirieron el brillo que los animaba cuando algo empezaba a interesarla y cuando la curiosidad le hacía cosquillas.

—Enséñame cómo lo haces —dijo—. Quiero entender esto.

—Pero tú eres interiorista. Seguro que sabes más que yo.

—No tengo ni idea de estas cosas. Me paso el día haciendo planos y diseños con el ordenador, y gestionando presupuestos y compras. No trabajo los materiales directamente. Creo que todo eso me está alejando del producto y de las sensaciones finales que el cliente busca.

Belén, sintiendo que Estrella le mostraba sincera y más cercana, y llevada de su deseo natural por ayudar, se acercó y le mostró una bonita guirnalda con bayas rojas.

—Esta debería ser fácil. Solo son cintas y ramas entrelazadas. Fíjate.

Le mostró el patrón y Estrella, con unas cintas intentó imitar los movimientos que Belén hacía. Estrella sentía sus dedos torpes y rígidos y observaba la facilidad y rapidez con que Belén movía las manos.

—¡Qué desastre! —juzgó Estrella, cediendo a la impaciencia.

Belén se acercó y guió sus manos.

—Así, mira, esta por debajo —sujetó sus manos—. Y ahora pasa la cinta por aquí. Eso es.

Estrella mostró una sonrisa complacida cuando vio la mejoría.

—No está mal —dijo Belén—, para ser una estirada alejada de los talleres te ha quedado bastante bien.

En ese instante de casi relajación, la profesional que había en Estrella, siempre preparada y al acecho, se adueñó de nuevo de la situación y de su persona y la forzó a dejar la guirnalda y centrarse en lo importante.

—Siguiendo con nuestro trato te voy a dar una lista de algunas medidas que podrías implementar desde ya mismo y luego tú me ayudas a seleccionar materiales para la casa de mi

cliente. ¿De acuerdo?

Belén asintió. Su estilo era mas fluido y prefería trabajar sin tanta planificación y protocolo, pero aquello del orden y el método parecía importante para Estrella.

Estrella le dio su diagnóstico de los problemas del negocio de manera certera y directa. En su opinión experta, El Refugio era un lugar lleno de talento... desaprovechado.

—No hace falta que tengas tanto género a la venta, ¿qué es esto, el pueblo de los locos de la Navidad? Deberías centrarte en menos productos pero subir los precios, y sí, si quieres salvar este negocio, es un imperativo que los subas porque no haces un servicio a nadie por autoesclavizarte y dejar que al Refugio se lo coman las facturas impagadas.

Belén suspiró. Aunque no le gustara admitirlo, aquello tenía sentido pero siempre había pensado que su deber era aportar su creatividad, no lucrarse con ello.

—Sé lo que estás pensando —continuó Estrella—, pero sería mucho más interesante que cobraras lo que toca por los artículos de la tienda y luego dejaras sitio aquí, en el local, para un nuevo espacio abierto a la creación local.

Una ceja se alzo en señal de interés. Aquello había tocado la tecla correcta. Estrella, que sabía identificar perfectamente cuando su discurso había hecho diana, aprovechó la ocasión para ahondar por ese camino:

—De ese modo, podrías desarrollar esa faceta tuya altruista en el propio taller. Podrías tener a chicos desfavorecidos aquí, trabajando contigo, crear actividades ocupacionales para mujeres en riesgo de exclusión... Sería una incitativa social que te daría publicidad, satisfacción, contactos y resultados. Pero, para eso, necesitas vender y vender caro. Y si no quieres vender caro a los del pueblo porque tus reparos te lo impiden, has de meter tus productos en las casas de ricos, como mi cliente.

—Hablando de eso, ¿has pensado cómo podría ayudarte a impresionarlo?

—Por alguna razón mi cliente se ha vuelto loco y quiere que decore su casa en un estilo casposo navideño. —Se percató de que las alusiones negativas a la Navidad eran poco sensibles allí—. Quiero decir que, el estilo festivo tradicional, no es lo que podría esperarse de mi trabajo pero es lo que quiere. Sin embargo, por mucho que diga que le atrae la idea de la sencilla Navidad, eso es una cochina mentira o un cochino autoengaño porque Andrés Lambert es un pijo rematado.

—Lo que significa...

—Lo que significa, y no te ofendas, que no creo que lo impresionemos con muñequitos de nieve con la nariz de fieltro. Por muy monos que sean.

En lugar de hacer un mohín de impotente decepción, Belén arrugó su naricilla de un modo que pareció indicar algo prometedor.

—Bueno, quizá lo que te voy a decir es una tontería, pero mi deber de artista y creadora siempre ha sido el de soñar a lo grande. Me refiero a que a veces juego a que tengo encargos así y no es que tenga aquí ese género, pero se me ocurren algunas cosas que podrías usar. Al fin y al cabo, solo se trata de hacer un *upgrade*, por así decir, sin ningún sentido espiritual, solo pensando en la opulencia y con temática navideña, ¿no?

—Por fin hablas mi idioma.

—Bueno, pues para empezar ¿qué te parece terciopelo en color burdeos, marino, o esmeralda para hacer cojines y quizá la base tapizada de un precioso árbol de Navidad?

—Un momento —Estrella sacó su móvil—. Voy a grabar una nota de voz. ¿Te importa que te grabe? Continúa, por favor.

—Está bien. Con lino italiano podría hacer manteles y servilletas con bordados en hilo de oro

o plata.

—¿Te he dicho que solo tenemos diez días?

—¿Y yo que tengo gnomos de Navidad que trabajan para mí?

—Por favor, sigue.

—Podemos incluir algún adorno efectista como bolas de cristal con alguna filigrana de metal. Para iluminar, luces LED con cable de cobre. Y tengo por aquí algunos portavelas de cristal que, aunque no son caros, quedan preciosos. Hay una selección especial de piñas naturales que quedarían genial con un baño de oro, sí he dicho oro, porque tú me has dicho que quieres cosas caras y exclusivas. Y podemos añadir algunos botones de nácar y perlas para dar ese toque distinguido a los textiles. Además, claro, de cintas de seda en color joya para colgar adornos. Otra de las cosas que se me ocurre... pero mejor, ven a verla. Esto no lo vendo en la tienda.

Belén se encaminó a la trastienda y Estrella la siguió, aún sorprendida por todo lo que estaba registrando. Su cabeza empezaba a ver posibilidades en las que lo artesanal y el lujo se daban la mano. Belén se acercó a una puerta con llave y se situó frente a ella.

—Aquí guardo algunos materiales más caros y también las creaciones con las que aún no sé qué hacer. Pasa.

Cuando Belén encendió la luz, Estrella paseó su mirada por aquella habitación llena de objetos y materiales. Una mezcla de almacén y taller que sugería invención y creatividad constantes. Belén se acercó a una figura grande y se la mostró.

Era una escultura que representaba una escena invernal.

—Se llama *Danza invernal de los Ciervos*. Está hecha de alambre fino plateado, pero, si te gusta también podría usarse oro de 18 quilates.

Estrella sintió un impacto instantáneo ante aquella creación minimalista y contemporánea. La escultura estaba hecha de un alambre meticulosamente curvado y representaba a dos ciervos. El ciervo más grande, con astas que formaban preciosas ramificaciones, se erguía en postura majestuosa. Incrustaciones de cristal daban forma a los ojos. Cada alambre de la pieza formaba un intrincado laberinto que denotaba una habilidad notable. El segundo ciervo, más pequeño, parecía saltar sobre una nieve invisible. El movimiento del animal estaba captado de manera asombrosa. La pieza era sofisticada, moderna y personal.

—Es... una obra de arte.

—Se podría montar sobre una base de mármol negro pulido.

Estrella miró a Belén con una mirada nueva. Se preguntaba por qué una artista con tanto talento estaba escondida en una tiendecita de un pueblo. En la tienda de su madre. Sentía como si hubiera descubierto un diamante que nadie más conocía. Un precioso diamante que la hacía sentir a ella como una bisutería pretenciosa en comparación.

—Voy a hacer el pedido de materiales —dijo, tratando de aterrizar de nuevo en la realidad práctica—. No podemos perder tiempo. Esto... es. Esto puede salir bien.

Belén devolvió la escultura a su lugar.

—Por cierto, los viernes suelo comer en un bar de esta misma calle. ¿Quieres venir? Te advierto que es comida sencilla.

Pero Estrella ya estaba hablando al teléfono y su mirada, concentrada en el trabajo, no dejó claro a Belén cuál era la respuesta.

A la hora de la comida, Belén se encontraba en el bar, sola ante su sándwich. Había sido imposible volver a conectar con Estrella, que no se había despegado del teléfono en toda la mañana. Después había salido sin despedirse y no sabía si regresaría.

Belén rememoraba todo lo que habían hablado en esa mañana tan intensa. Le ilusionaba

sobremano la posibilidad de iniciar un proyecto social y le maravillaba que nunca antes se le hubiera pasado por la cabeza. Sin embargo, Estrella lo había visto claro en un minuto y parecía tan evidente... Había que reconocer que era buena en su trabajo.

El bar también se encontraba ya sumergido en la atmósfera navideña, con sus luces decorativas en la barra y los décimos de lotería a la venta. Era un local pequeño que ofrecía una mezcla de actividad y retiro y por eso era el favorito de Belén para esas recompensas especiales de los viernes. Le gustaba ese momento de la semana, aunque la recompensa fuera tan sencilla como un sandwich vegano y una tarta de manzana.

—¿Aquí tienen sopa? —dijo Estrella deslizándose en el asiento frente a ella y quitándose la chaqueta—. Me vendría bien para entrar en calor.

Su piel blanca estaba enrojecida por el frío, pero sus ojos azules de hielo, seguían animados por la chispa de la inspiración.

—Te recomiendo la sopa de almendras y setas. Es una especialidad de estas fechas. La hacen buenísima.

Estrella asintió, convencida. Miró alrededor y llamó al camarero, que tomó nota diligentemente. Estrella continuó inspeccionando el local.

—¿Esto no era una ferretería antes? —preguntó.

—Claro, la ferretería Ochoa. A veces se me olvida que eres de aquí.

—A mí también —dijo con un tono enigmático.

—Tu madre me mandaba siempre a comprar aquí cosas para El Refugio.

La alegría y ligereza de Estrella se desvaneció ante la mera alusión. Y cierta rigidez instantánea se apoderó de ella mientras se ponía de nuevo la chaqueta. Belén temió que fuera a marcharse, pero solo se cruzó de brazos y se instaló en un profundo silencio. Belén mordisqueó su sándwich. Ya sabía que la relación de Estrella con su madre había sido difícil pero no podía entender bien por qué. Mercedes, aunque dulce y atenta, era muy reservada sobre ese asunto y jamás le contó nada.

—Siento haber sacado el tema —dijo—. No sabía que...

—No pasa nada —interrumpió Estrella. Y su sonrisa diligente indicó que se había cerrado por completo a cualquier confesión personal—. Después quiero mostrarte alguna mejora en la manera en que llevas las cuentas.

Pero cuando la sopa llegó, Estrella seguía siendo la fría ejecutiva distante que solo piensa en los negocios. Alguien que no parecía incómoda estando a solas, en su mundo, y que no buscaba la mirada de los demás. Belén, que en esa facilidad de estar a solas, se sentía identificada, continuó comiendo, pero no pudo evitar expresar un pensamiento en voz alta:

—Al final he vuelto a comer sola un viernes más.

Ese comentario pareció pillar por sorpresa a Estrella.

—¿Cómo dices? Ah, lo siento, es que yo, tengo muchas cosas en la cabeza y...

—No pasa nada —dijo Belén tocando su mano, fría como el mármol a pesar de la sopa—. ¿Volvemos al trabajo?

La intensa actividad en El Refugio obró el milagro de descongelar de nuevo a Estrella. No había nada como el trabajo para ponerla en marcha. En eso se parecía mucho a Belén, que también se sentía energizada cuando se empleaba a fondo en el taller. Fue una tarde muy productiva. Primero, Estrella le ofreció valiosos consejos de contabilidad. Le enseñó un método basado en el flujo de efectivo y la presupuestación enfocada, algo que le parecía crucial para un negocio estacional como aquel. También le sugirió un *software* de contabilidad que ella misma había ayudado a diseñar y que era de su total confianza. Después de eso, se dirigió a la puerta y colocó

el cartel de “Cerrado”.

Cuando Belén mostró su desconcierto con una mirada inquisitiva, Estrella se desabotonó los puños de su blusa de seda y se remangó.

—Ahora vamos a dejar esto listo para mañana.

Seguir el plan previsto por Estrella, basado en la reducción de objetos a la venta, requería bastante trabajo.

—Hay que crear sensación de escasez. No quiero que piensen que pueden venir cuando quieran y encontrarte disponible rodeada de toneladas de mercancía. No. Quiero que se peleen por ti y tus artículos. ¡Vamos, hay que despejar esta zona central y crear un acceso que dé sensación de bulevar abierto a los sueños.

—¿Qué?

—Que hay que retirar todo esto.

Estrella ya se había puesto en marcha y amontonaba en sus brazos un montón de decoraciones. Se dirigió cargada a la trastienda y regresó con unas esculturas de alambre.

—Se acabó eso de esconder los tesoros y exponer lo más barato —dijo—. Tienes que exponer esto. Es una obra de arte. Serías una gran rival para Swarovski, ¿lo has pensado?

Belén tenía dudas. Aquello representaba un gran cambio para El Refugio y para ella misma, pero algo en el liderazgo de Estrella la impulsaba así que se lanzó a seguir sus sugerencias. De todos modos era como un torbellino imparable.

Estrella comenzó a mover uno de los mostradores y Belén acudió en su ayuda.

—Y sin embargo hay algo que aún no entiendo —dijo Belén.

—¿El qué?

—Que puedas hacer tantas cosas llevando esa falda.

—Ah, bueno —dijo empujando el mueble con la cadera—, estoy tan acostumbrada que creo que podría hasta saltar vallas con ella.

—Eso me gustaría verlo —dijo Belén—. Y la idea de Estrella en una pista de atletismo preparándose para saltar, subiendo su falda a la altura de los muslos y mostrando sus piernas acudió a su mente.

La tarde se escurrió y cuando se dieron cuenta eran ya las diez de la noche.

Se dejaron caer exhaustas en un par de sillas. El Refugio había cambiado notablemente. Ahora parecía mucho más grande. Estrella informó que llamaría a alguien para pintar en unos tonos que ayudaran a sugerir el concepto de tienda exclusiva que tenía en mente.

—Solo queda una última cosa —añadió.

—Espero que no implique trasladar muebles. Estoy agotada.

Estrella le tendió una etiquetadora de precios adhesiva.

—Sube los precios a todos los artículos.

Belén gimió de cansancio y temor ante un paso que la desafiaba. Estrella se puso su chaqueta y cogió su maletín.

—Mañana nos vemos —dijo, dirigiéndose a la puerta. Se detuvo una vez más antes de abrir la puerta—. ¿Sabes?, ha sido menos terrible de lo que esperaba.

—Me lo tomaré como un cumplido —replicó Belén.

Cuando Estrella abandonó la tienda, Belén se quedó a solas con una extraña sensación en su pecho, la de que, en efecto, había sido bastante agradable trabajar con la gélida Grinch.

4. ECOS DEL PASADO

Ya en su hotel, bajo la ducha, Estrella se sentía muy satisfecha con el trabajo realizado. Y no obstante, también sentía una contracción interna que parecía amplificarse ahora que la actividad había cesado y se encontraba a solas consigo misma. Siempre temía ese momento y lo evitaba, cargándose de trabajo. Algunas personas, y no sin razón, la consideraban una adicta al trabajo; ella se consideraba más bien, y no pensaba confesarlo, una mujer asustada de su propia alma y lo que pudiera descubrir en su interior si dejaba de trabajar. Había sido un riesgo volver al pueblo, precisamente en fechas tan familiares como esa. No solo regresar al pueblo, entrar en el territorio de su madre. Ir de viaje al corazón de lo que esta más amaba: El Refugio y quizá Belén.

Salió de la ducha y buscó alivio en su medicina habitual: el trabajo. Encendió de nuevo el portátil para comparar precios de proveedores, pero, a pesar de la ducha, estaba cansada y su visión borrosa la alertaba de la fatiga. Sabía que no debía saturarse o el encargo para su cliente se resentiría. Dejó el portátil y pidió algo de cenar al servicio de habitaciones. Encendió la tele y el anuncio de la lotería de Navidad llenó de Navidad y sentimentalismo la habitación. Apagó la tele.

Belén era mucho más dulce de lo que recordaba. Claro que, aquella primera vez en la que se encontraron, Estrella solo había liberado su ira y no se había molestado en conocer a la chica que su madre había puesto al frente del negocio.

Había sin duda una cualidad en Belén, algo de inocencia se diría, de bondad, que sabía que ella no poseía. Y eso, así como su excepcional talento artístico, la hacía sentir en desventaja. Quizás porque, a pesar de todo su éxito, del aprecio de sus colegas, de los premios y distinciones, de los miles de euros amasados, Estrella no sentía su propio valor. Y por eso siempre había sentido celos de aquella chiquilla pelirroja que había tomado su sitio. ¿Por qué su madre la prefería? Eso le atormentaba todavía.

Aunque su madre, de forma sorprendente para ella, había tratado de restablecer la relación cuando Estrella cumplió 18 años, y le había ofrecido trabajar con ella en su negocio, en aquel entonces, la joven Estrella estaba tan rabiosa y era tan rebelde que fue incapaz de aceptar nada de su madre. En vez de eso y después de montar un buen numerito, la despreció por última vez y luego nunca tuvo tiempo de arreglarlo, porque su madre murió repentinamente dejando un vacío perpetuo en Estrella. Un vacío que nadie ni nada llenaba. Un dolor sin resolver.

El bloqueo que sintió en el bar, frente a Belén, cuando esta mencionó a su madre, había sido inevitable, pero lamentaba haberse puesto en evidencia por aquella pequeña alusión casual, no ser capaz de pasar página. No era tan fuerte ni tan indiferente como creía y por eso, más que nunca, mientras estuviera en aquel pueblo, necesitaba su armadura de hielo.

La mañana del 16 de diciembre amaneció bonita, con una gran cantidad de copos de nieve lloviendo desde el cielo y cubriendo el pueblo de un manto de belleza. Belén, con su jersey rojo navideño, su falda verde oscura y sus medias tupidas, estaba más nerviosa de lo habitual. El Refugio había cambiado en filosofía e intenciones y no sabía cuál sería la reacción de sus clientes ante las novedades. Esperaba con una mezcla de temor y expectación y, para tranquilizarse, se decía que, si todo fallaba, siempre podría volver atrás. Se había recogido el pelo en una trenza lateral y no paraba de darle tirones a la cinta roja con que la adornaba.

Después de una espera que se le hizo eterna, la primera cliente del día llegó a las diez de la

mañana. Era un vecina del pueblo, mayor ya, y conocida por su apreciación del arte. La vecina miró alrededor con evidente sorpresa, dio un paso atrás como si temiera haber entrado en la tienda equivocada, pero luego reparó en Belén, que le hizo un gesto para que pasara. Avanzó todavía con gesto de desconcierto, miró a todos lados. La tienda era ahora de un minimalismo austero.

—Al menos ahora se puede respirar aquí —dijo.

Belén asintió con una sonrisa que quería ser cómplice pero pareció de disculpa. La señora continuó deambulando por la tienda. Belén no era capaz de discernir si buscaba algo o simplemente estaba pasando revista a las novedades. Se sentía ansiosa ante lo que podía ser un juicio anticipado que anticipara la pauta de reacción del resto de clientes.

—¿Ya no tienes los broches esos tan monos de dos euritos?

Sintió como si la pellizcaran. Se sentía inclinada siempre a complacer y quiso correr hasta la señora, decirle que los tenía en la trastienda, ofrecerle un café. Pero su voluntad se vio interrumpida por la llegada de Estrella, que abrió la puerta con la confianza y determinación habituales.

Vestía un blazer ajustado de color burdeos sobre una blusa de seda color crema, pantalones negros y unos botines de cuero con tacón. Tenía el cabello peinado en un moño bajo. Se acercó a una de las estanterías de la ahora amplia estancia y se detuvo ante una corona de adviento que, siguiendo los consejos de la víspera, Belén había mejorado, empleando como material eucalipto plateado y ramas de abeto noble.

—No creo que ni en la calle Serrano de Madrid se pueda encontrar algo así de fino y por solo setenta euros.

Belén carraspeó. En realidad, y con gran esfuerzo, ella había marcado un precio de veinte euros para la corona. ¿O quizá se había equivocado?

—Y solo tenemos una, claro, porque está hecha a mano y es muy exclusiva.

La señora estaba mirando con curiosidad a aquella joven distinguida que le resultaba familiar. Después observó la corona y entonces se dio cuenta de que, en efecto, aquel era un trabajo notable y sin duda hermoso y visualizó lo bien que quedaría en su mesa los días festivos.

—¿Solo queda una? —preguntó a Belén, que vaciló sin dar una respuesta verbal clara—: Bueno, me la llevo; la verdad es que en El Refugio siempre se encuentran cosas monas, pero esta, sin duda, tiene algo especial que no se ve habitualmente por aquí.

Estrella cogió la corona, retiró el precio y se la tendió a Belén para que la cobrara. Belén aún estaba luchando contra su síndrome del impostor. No podía creer que fuera a vender la corona por 70 euros, pero la clienta ya tendía su tarjeta de crédito ante ella. Se esmeró en envolver el adorno y le dio las gracias. La mujer llevaba una sonrisa en la cara, evidentemente satisfecha con su compra.

—Mi nuera se va a quedar impresionada —dijo.

Cuando se marchaba, pasó por al lado de Estrella y la observó de nuevo con interés.

—¿Tú no serás la hija de Mercedes? Porque eres clavadita a ella.

La mirada de desconcierto de Estrella fue notable pero no dijo nada para responder a la directa pregunta. En lugar de eso, se acercó el móvil a la oreja y sonrió a la señora:

—Disculpe, me acaba de entrar una llamada muy importante. Buenos días.

La clienta se marchó sin hacer más averiguaciones, con la misma sonrisa que la acompañaba desde que se sentía portadora de un objeto exclusivo.

Cuando se hubo marchado, Estrella guardó su móvil en la chaqueta.

—¡70 euros! —dijo Belén, escandalizada.

—Estoy segura de que le gusta mucho más con ese precio que a 20 miserables euros. Por cierto, ¿cuántas fruslerías de dos euros tendrías que vender para llegar a 70 euros?

—35 —dijo ella, dándose cuenta de que eran bastantes.

A pesar de las novedades en la tienda, de la ilusión y las expectativas, los clientes seguían llegando a cuentagotas. Parecía que la gente se había acostumbrado a la presencia constante en el pueblo, contra viento y marea, de El Refugio. Se había convertido en una de esas tiendas que se valoran por su encanto y sin embargo, no evitan que los vecinos acaben por hacer sus compras por Amazon o en cualquier gran superficie. Belén se daba cuenta de que sus esfuerzos no eran tan apreciados por sus paisanos como creía y quizá, se decía, eso se debía en parte a que ella misma sentía inseguridad sobre sus habilidades. Pero Estrella, seguía fascinada con sus esculturas de alambre y tenía una idea de Belén muy diferente.

—Tú no lo ves, porque el genio está dentro de ti —dijo sin dejar de mirar las esculturas, que habían colocado en una vitrina especial—, pero tienes un talento increíble.

Y sin embargo, los clientes no entraban y eso se tradujo en una mueca de escepticismo en el pecoso rostro de Belén.

—Bueno, no te lamente más —dijo Estrella adivinando sus pensamientos y mirándola de arriba a abajo de una manera que la hizo sentir examinada. La sofisticación de Estrella, siempre impecable, era algo que a Belén le gustaba porque en Estrella parecía completamente natural pero le parecía también muy ajeno a ella y su forma de entender la vida. ¿Acaso Estrella estaba mirando sus medias térmicas?

—Son prácticas y confortables, ideales para las largas horas en el taller —dijo Belén.

—¿Qué?

—Mis medias —explicó Belén y se dio cuenta de que sus pensamientos se habían disparado solos hasta lugares a los que Estrella no había decidido acompañarla—. Creía que me estabas mirando.

—Ah no —dijo Estrella—. O bueno, sí, te he mirado, pero no estaba pensando en tus medias, pensaba en que estás guapa así, con tu estilo casual y que eso es perfecto.

—¿Perfecto?

—Sí, para la recepción.

—¿Qué recepción?

—¿No te lo he dicho? Para impulsar y empezar a dinamizar todo esto, vamos a dar una especie de fiesta de bienvenida para los vecinos. Será una presentación del nuevo concepto de tienda y una celebración comercial. Espero que se traduzca en ventas y en movimiento. Ah, he encargado ponche y galletas de jengibre y un poquito de champán.

—¿Y cuándo?

—A las doce y media.

El entusiasmo y determinación de Estrella hacían muy fácil seguirla o quizá era más acertado decir que no dejaban alternativas y Belén sentía que, desde que había reaparecido en su vida, las cosas habían cambiado de ritmo. A veces sentía vértigo, pero la seguridad con la que Estrella acometía cada tarea y su inquebrantable fe en todo lo que hacía le daban confianza.

Y así llegó la hora acordada y todo se desplegó tal y como Estrella había indicado. Llegó la comida, se dispuso todo y los vecinos aparecieron como la interiorista vaticinaba, siempre deseosos de aprovechar una ocasión de socializar y tomar un aperitivo gratis.

Belén observaba a Estrella relacionarse con los clientes y se maravillaba de su don de gentes y de la facilidad con que podía mostrarse atenta, cálida, solícita y siempre exquisita. Le parecía que era una excelente representante de aquel nuevo concepto de tienda y que ella, en cambio, se tenía

que esforzar para poder encajar. Se sentía mucho más cómoda creando que vendiendo, pero Estrella le estaba demostrando que aquella era una faceta fundamental. Y, a pesar de ese donaire que lucía Estrella, a Belén no se le escapó que, en ocasiones, su sonrisa se tensaba. Sucedió cuando alguien nombraba a su madre. El parecido físico no pasaba inadvertido a los que habían conocido a Mercedes. Esos ojos azules, que en la madre eran cálidos y casi tiernos y en la hija mucho más fríos, resultaban en ambos casos magnéticos.

Aquello volvió a suceder cuando, de manera inocente, un vecino destacó el parecido de las esculturas de Belén con las creaciones de Mercedes. Aquello tenía un fundamento muy real, porque Belén lo había aprendido todo de la madre de Estrella, y se sentía aún inspirada por la que había sido su mentora y maestra.

A pesar de lo ocupada que estaba, pues la gente empezó a comprar de una manera casi contagiosa y competitiva, Belén estaba muy pendiente de Estrella y la buscaba con la mirada cuando podía. Le parecía que la visita de Estrella al pueblo era una buena ocasión para encontrar algo de paz y, no obstante, estaba presente siempre esa sombra que acechaba su mirada y que confirmaba que la paz no era del todo accesible a ella. Se preguntó cuál sería exactamente su tormento, qué experiencias la habían dañado así.

Las risas y charlas animadas llenaban El Refugio y Estrella continuaba alternando mundanería y cierto aire caviloso. Se le antojó a Belén como un ángel atormentado. Tal vez por eso, se dijo, a veces jugaba a ser superficial y parecía funcionarle la mayor parte del tiempo.

Poco a poco, la fiesta de apertura fue declinando, de un modo muy natural y los vecinos se dispersaron, llevándose las voces y la expectación con ellos en un gradual silencio que derivó en una calma satisfactoria. Belén casi había olvidado esa animación febril de las compras, enfocada como estaba en su solitaria faceta de creadora. Y sí, había acumulado piezas suficientes como para llenar tres Refugios pero había olvidado la magia de tener alguien a quien atender y vender. En eso pensaba mientras contaba con sorpresa el dinero de la caja. Cuando levantó la vista para compartir su alegría con Estrella, no la encontró. Su mirada vagó por el espacio vacío de gente. Se había marchado pero su maletín seguía allí.

Belén se asomó a la calle y vio a Estrella a unos metros, fumando y con la mirada perdida en el infinito. Tal vez el cansancio la volvía melancólica.

—No sabía que fumabas —dijo para romper el hielo.

—Ajá —contestó Estrella con un deje cortante.

—Quiero decir, ¿por qué iba a saberlo, no? No nos conocemos casi.

—Exacto —sentenció Estrella exhalando el humo al aire.

Su poca experiencia en el trato con Estrella ya le indicaba cuando era mejor retirarse, y no obstante, de veras quería reconfortarla.

—¿Es por tu madre, verdad? Estás así por ella. ¿Qué pasó?

En realidad intuía que, aquella manera directa de abordarla, solo la cerraría más y ya se arrepentía de haber hablado, pero quería entenderlo, acortar la distancia que aquel tema siempre abría entre ellas. No sabía apenas de la situación, a pesar de haber trabajado para Mercedes durante cinco años, años en los que había recibido el cariño y la bondad de aquella mujer que, sin embargo, al igual que su hija, solía hundirse en la melancolía y la reserva cuando se aludía a su vida íntima. Sabía que madre e hija vivían separadas pero no comprendía la razón.

—Bueno, no debería haber preguntado, perdona —dijo dándosela la vuelta para dejarla sola.

—Cuando mi padre murió, y yo tenía 8 años entonces, mi madre decidió que era mejor para mí que viviera con su hermana, mi tía. Fin de la historia.

Belén se detuvo, sorprendida por esa apertura. Tenía muchas preguntas. “¿Por qué?” era la

más fuerte de ellas, pero no se atrevía a preguntar nada más. Solo siguió allí, escuchando.

—Esa mujer a la que me parezco y de la que me habla la gente, Mercedes, la bondadosa, la cariñosa... No recuerdo de quién hablan. Mi tía, por cierto, no era muy cariñosa —Estrella tiró el cigarro aún a la mitad—. No hubo Navidades felices desde entonces.

Después de eso, Estrella recuperó su compostura y dejó claro que cerraba ese paréntesis de dolor que había abierto unos minutos.

—He decidido que *Danza Invernal de los Ciervos* sea la pieza central de la decoración para Andrés. Confío en impresionarlo. —Su tono aún no había adquirido la normalidad total pero cada palabra que pronunciaba parecía sacarla de su nostalgia.

—Genial, ¿entonces...?

—Mañana la llevaremos a su casa. Él estará fuera hasta que acabemos el proyecto. Esa idea de montarla sobre una pieza de mármol es buena. Tenla para mañana, ¿podrás?

Belén confirmó con un gesto y Estrella le devolvió el gesto. Aún tenían horas por delante para acabar el día y Belén se preguntó dónde y cómo las pasaría Estrella, si se sentiría sola en el pueblo, si tenía a alguien más.

—¿Quieres que...? —levantó la mirada, pero Estrella ya se había alejado calle arriba.

Ni siquiera recogió su maletín.

Cuando regresó a El Refugio, sintió que volvía a entrar en contacto con toda la energía que Estrella había puesto en movimiento unas horas antes. Tenía una sensación agri dulce y, mientras se preparaba para dar los últimos retoques a *Danza Invernal* supo que quería ver a Estrella feliz. Se prometió que encontraría una manera de ayudarla, que le demostraría que sí podía volver a tener una Navidad feliz. Que había gente a la que no le era indiferente su sufrimiento y que siempre habría ternura en el mundo y una mirada amable y cálida, aunque proviniera de una extraña como ella.

5. UNA NOCHE INESPERADA

El día siguiente, el domingo 17 de diciembre, a las cinco de la tarde, Belén esperaba junto a la puerta de El Refugio a que Estrella apareciera para ir a casa de Lambert. Por la mañana, los pintores habían estado pintando en la tienda. Belén había trabajado en algunas ideas y llevaba muestras para probar sobre el terreno. A su lado, en una carretilla, cuidadosamente embalada, *Danza Invernal de los Ciervos* estaba lista para su transporte. No es que la pieza pesara mucho pero era voluminosa y más ahora que había conseguido unirla a la base de mármol.

Estrella le había dicho que la recogería para llevar la pieza directamente a casa del cliente. Era fundamental crear todo el diseño alrededor del efecto de la escultura. El argumento tenía lógica, pero Belén se sentía intimidada. Una chica tan normal y poco pretenciosa, una artesana con vaqueros oscuros, un jersey burdeos y unas botas planas a punto de llevar su escultura a la casa de un rico. Era de locos.

Un claxon la hizo reaccionar. Estrella llamaba su atención desde un coche y Belén no pudo reprimir una risa de escepticismo. El coche era minúsculo, un Smart Fortwo rojo y gris. ¿Pretendía que cupiera ahí la escultura? ¡Si apenas cabría ella!

Belén se acercó y Estrella le hizo un gesto para que subiera.

—¿Estás de coña? —dijo ella. Y señaló la carretilla con el bulto—. Vamos, iremos en mi furgó. Sé dónde está el sitio.

10 minutos después las chicas estaban ante la furgoneta de Belén, un vehículo robusto y funcional, pensado para el trabajo duro.

—Apuesto a que tiene más años que yo. ¿Ha pasado la ITV? —preguntó Estrella con sospecha.

—Venga —dijo Belén encaminando la carretilla y abriendo las puertas traseras—. Déjate de remilgos y ayúdame.

Estrella ayudó a cargar la pieza en el amplio espacio trasero del vehículo. Después subió al asiento de copiloto, buscando una postura cómoda que parecía no encontrar. Belén arrancó el motor justo cuando empezaba a chispear, accionó los limpiaparabrisas y salieron hacia su destino.

El paseo a esas horas de la tarde, con el sol declinando y suavizando los contornos del horizonte, fue bastante agradable para Estrella a pesar del traqueteo de aquella furgoneta vieja que parecía una nevera. Se abrazó los brazos y se frotó las manos.

—La calefacción no va, lo siento —informó Belén.

Estrella no dijo nada, resuelta a no mostrarse quisquillosa y a demostrar que se podía adaptar a cualquier situación.

Belén conocía bien el pueblo y los alrededores y se manejaba con la pericia de quien conduce un vehículo grande y tiene las medidas tomadas. En realidad adoraba su furgoneta y no ambicionaba ninguno de esos coches en los que todo es electrónico y cada problema es imposible de solucionar sin un ordenador.

Aunque Estrella sufría en cada cuesta y sentía como si la furgoneta fuera a destartarse por el camino, entre mugido y chirrido, en realidad nada de eso pasó y, cuarenta minutos después, Belén aparcó frente a la propiedad del cliente: un moderno palacete situado en una de las zonas más exclusivas.

—Andrés me ha dejado las llaves y las claves de seguridad —informó Estrella.

Belén asintió y se aprestó a descargar la escultura. Se sentía fuera de lugar en aquel entorno elitista y lujoso pero se hizo el firme propósito de no demostrarlo.

La casa de Andrés Lambert era aún más impresionante por dentro que por fuera, lo cual era mucho decir. Belén miraba a todas partes con la sensación de estar en un sitio casi sagrado. Le maravillaba la opulencia del lugar y eso que suponía que aquella solo era la segunda residencia (o quien sabe si la tercera o cuarta). Estrella, por su parte, se movía por allí como pez en el agua y parecía que nada de aquellas estancias la impresionaba.

—¿Dónde pongo esto, señora? —dijo Belén señalando la escultura e imitando a un disciplinado trabajador.

—De momento, vamos a dejarla aquí, en el salón principal. Este es el corazón de la casa y será el espacio que trabajemos.

El salón principal era más grande que el apartamento de Belén. Y no tenía ninguna alusión navideña en su decoración. Destacaban los cuadros de arte contemporáneo y las alfombras persas.

—¿Seguro que quiere que lo decoremos de Navidad?

—Sí, es un sádico. Me está poniendo a prueba.

Y sin embargo, como todas las casas, ricas o pobres, había potencial para un toque de belleza navideño. Y más si esa casa tenía una chimenea tan fantástica como aquella. Belén ya podía ver la escena a la lumbre del fuego.

Estrella le habló del espacio con la visión de una interiorista y Belén se relajó porque, con cada palabra, su cabeza se puso también a trabajar, inspirada por el reto que tenían delante:

—Tal vez podríamos ser muy, muy osadas y colocar la escultura suspendida —propuso Estrella—, aunque eso supondría prescindir de la peana de mármol. Así conseguiríamos realzar estos techos tan altos. Y unos puntos focales de iluminación podrían crear un efecto poderoso. Si aprovechamos los muebles de líneas limpias que hay aquí, con esos tonos neutros, no crearemos competencia para la escultura. Creo que puede quedar genial. Será impactante.

—Yo creo que es innegociable un bonito árbol de Navidad, estilo clásico, con todos los ornamentos hechos de cristal soplado, con toques de plata y oro. Y le daría protagonismo a la chimenea con ramas de pino frescas.

Estrella sonrió con satisfacción. Esa tarde su blazer marino resaltaba la claridad de sus ojos. A Belén no se le pasó por alto que llevaba un copo de nieve como broche en la solapa.

—¿Alguien se está ablandando con eso de la Navidad? —dijo Belén.

—Solo es un fractal, no es nada Navideño.

—Ya, claro, un fractal.

—Bueno y ahora que tenemos claro el plan, ¿te apetece ver el resto de la casa de Andrés Lambert? Me la sé de memoria.

Belén aceptó. No tenía ocasiones de entrar en palacetes así. Y era un placer ver las cosas desde la óptica de Estrella y aprender de ella.

La casa de Lambert, en cada elección, reflejaba el gusto por la modernidad y la opulencia. Estrella le explicó lo más destacado de cada estancia, aspectos que ella hubiera pasado alto, como ángulos que formaban determinado efecto, arcos que habían sido modificados para algún propósito específico, o la excepcional calidad de los materiales. En su tono había respeto, admiración y también cierta familiaridad con los gustos de su cliente.

—Lástima que ya sea de noche, porque, con luz natural, esta casa impresiona de verdad. Pero, si te parece, antes de marcharnos, te voy a enseñar la biblioteca. Andrés tiene una colección privada que te va a encantar. Es por aquí.

Después de activar un código para entrar a la sala accedieron a la biblioteca y cerraron la puerta tras ellas. La biblioteca era un sueño para un bibliófilo, los estantes de caoba estaban llenos de libros encuadernados en cuero con lomos dorados y una vitrina albergaba objetos de coleccionista. Las paredes estaban forradas de paneles de madera oscura. Una alfombra amortiguaba los pasos y ofrecía más confort visual. En el centro del espacio había un gran sofá Chesterfield. A un lado, un elegante escritorio de madera bruñida brillaba iluminada por los puntos de luz del techo. Montada en la pared, de manera discreta pero visible, había una televisión plana.

—Y por aquí escondida —dijo Estrella, palpando unos paneles, hay una pequeña nevera con bebidas finas.

Belén estaba impresionada ante tanto libro.

—No sabía que tu cliente era un intelectual.

—Bueno, Andrés es un tipo peculiar. No por ser rico puedes ser menos interesante. La gente no siempre es lo que aparenta —y pareció que la invitaba a no juzgarla tampoco a ella—. Y espera, que hay algo más.

Estrella se dirigió a un estante de los muchos que formaban la biblioteca y le hizo una indicación a Belén para que prestara atención.

—Lo creas o no, esto, de arriba hasta el suelo, es un estante móvil. Una obra maestra de carpintería y mecánica.

Belén levantó una ceja en señal de interrogación. Estrella accionó un botón y, después de un zumbido, como en una película, el estante giró sobre su eje central. Belén miró al techo y al suelo, buscando los rieles ocultos que permitían aquel giro asombroso. Después observó el espacio oculto recién revelado: una cámara secreta, apenas más ancha que el estante pero por la que podía adentrarse perfectamente una persona.

—Ven— invitó Estrella—. Lambert guarda aquí ocultos algunos de los tomos más valiosos. ¿Has visto alguna primera edición de *Cien años de soledad*?

Belén se sentía como una intrusa en aquel espacio secreto, pero su curiosidad la hizo asomarse a aquella cueva de los tesoros. La pequeña alcoba estaba forrada de terciopelo rosa y era tan angosta que tuvieron que entrar una tras otra. Como el sitio no era muy profundo, quedaron enfrentadas, tan próximas, que Belén creía escuchar el corazón de Estrella. Rodeadas de las joyas de la colección, sobre las que Belén trataba de posar sus ojos, aquel espacio reducido creaba una intimidad nueva entre las chicas. El perfume de Estrella, su respiración... Con cualquier otra persona se hubiera sentido agobiada, pero, por alguna razón, no con ella.

—Quizá no ha sido buena idea entrar a la vez —dijo Estrella, que quería darse la vuelta para enseñarle algo—. Si pudiera girarme, aquí, justo detrás de mí, hay un tomo de *Poeta en Nueva York*, de Lorca.

A esa distancia, frente a frente, Belén miró los ojos de Estrella, sobre los que se reflejaba la luz cenital de la cámara secreta y de pronto supo que ella era el único libro que quería leer y el verdadero misterio que quería desentrañar. Quiso conocer sus secretos más íntimos. La sensación fue vertiginosa y temió que su cara se la revelara a Estrella, así que retiró su mirada y la fijó en el copo de nieve de la solapa. Le pareció una medida insuficiente. Dio un paso a un lado y salió de la cámara.

—Es precioso —dijo, disimulando—, pero tengo un poco de claustrofobia.

—Ya, normal —dijo Estrella cerrando el acceso a la cámara de nuevo y accionando el botón que ocultaba el espacio.

Belén trató de recuperar la normalidad y hacerse cargo de lo que había sentido en la cámara.

Estrella también había adquirido un tono más neutral y menos confidente.

—¿Nos vamos? —dijo—. Mañana tendremos mucho trabajo.

Belén aceptó y las chicas se dirigieron a la puerta de la biblioteca, pero esta ofreció resistencia.

Extrañada, Estrella trató de abrirla, sin éxito. Tiró del picaporte varias veces pero la puerta no cedía.

—¡Qué raro! No hemos cerrado con llave. —Después miró alrededor de la biblioteca—. Espera, ya sé qué pasa. Al entrar en la cámara de los libros, esta puerta se ha bloqueado. Es una elemental medida de seguridad y lo tenía que haber previsto. Pero no importa, solo necesitamos accionar el código de seguridad de nuevo.

Estrella tecleó en la consola de seguridad, pero esta emitió un mensaje claro y robótico: “Código erróneo”. Estrella mostró su contrariedad, pero pasó lo mismo al segundo intento.

—¿Qué está pasando?

—Si metes el código mal otra vez puede que se bloquee del todo —advirtió Belén.

—No lo puedo meter mal porque es el único código de acceso y es el mismo con el que hemos entrado. —Estrella insistió en lo que le parecía evidente y en efecto, un zumbido anunció un nada halagüeño: “Accionado el bloqueo temporal por error de código”—. No me fastidies —protestó Estrella, forzando sin éxito el picaporte.

—¿Estamos encerradas? —preguntó Belén con sorpresa.

—No, es imposible —dijo Estrella buscando su móvil—. Llamaré a Andrés.

Estrella miró su móvil, que no parecía responder. No podía ser que no tuviera cobertura.

—Tal vez hay un inhibidor de señales —dijo Belén—. Si tu cliente es un maniático de la seguridad, podría ser el caso.

Estrella empezaba a asumir las consecuencias de aquello. Sin señal y sin acceso.

—Vale, vale, no pasa nada. Un bloqueo temporal significa un bloqueo temporal, nada más. Los sistemas de seguridad de alta gama a veces tienen estas medidas para restringir el acceso por unas horas. Y además, mañana viene el personal de la limpieza. No te preocupes, que no encontrarán nuestros esqueletos aquí, dentro de 50 años.

—¿Quieres decir que hemos de pasar la noche aquí?

—Sí, lo siento. Eso creo.

Belén comenzó a reírse. En el fondo aquel giro de los acontecimientos le parecía muy gracioso.

—Esto parece una película de Scooby Doo: encerradas en la biblioteca del palacete.

—Y sin embargo, no hay ningún misterio. Solo he sido un poco torpe.

El espacio era muy confortable y más cálido que su piso. El sofá era cómodo y amplio, con grandes cojines y había unas mantas a un lado.

—Eso sí, está noche nos quedamos sin cenar —se lamentó.

—Practico ayuno intermitente —dijo Estrella—, pero ¿recuerdas?, hay una neverita. Tal vez encontremos algo.

Belén sabía que Estrella, perfeccionista y exigente como era, estaba casi avergonzada por aquel encierro involuntario, así que su carácter bondadoso le impedía mortificarla con el asunto.

—¿Te espera alguien en casa? —Estrella ya estaba buscando cómo alimentar a Belén, inspeccionando la nevera de la biblioteca—. Me atormenta que no podamos avisar.

—No, tranquila —dijo Belén—. Vivo sola.

—¿Ah sí? —preguntó Estrella. Y Belén no supo discernir si había sorpresa o curiosidad o un intento de saber algo más de ella.

—Sí, no hay nadie a quien avisar.

Estrella se aproximó con un surtido de provisiones que fue dejando en una mesita frente al sofá:

—Hemos tenido bastante suerte. Queso manchego y Gouda envejecido, estos paquetes de almendras tostadas, mermelada de higos para el queso, y tartaletas de limón. Además de vino y agua con gas.

Prepararon una improvisada cena que parecía hacer sentir mejor a Estrella en la medida que de algún modo, atender bien a Belén, compensaba su error. Para Belén era una sensación agradable sentir las atenciones de Estrella, que cada vez le parecía menos gélida. Ahora incluso sentía que había sido muy injusta con ella al guardar en su memoria un recuerdo tan poco favorable de ella.

—Château Mouton Rothschild —dijo Estrella, sirviéndole una copa de vino—. Es una suerte que Andrés tenga buen gusto en este sentido.

—¿No le parecerá mal que abramos la botella? Yo puedo tomar agua.

—¡Qué va! Seguro que ni se acuerda que la tiene. Además es lo mínimo que se puede pedir, dada la situación.

Estrella se sirvió y degustó el vino con expresión de deleite:

—Es un Burdeos muy prestigioso, categoría de los Premier Cru Classé.

En realidad, Belén no era capaz de distinguir un buen vino de uno mediocre. Bebía cerveza y refrescos, como la gente normal de su edad, y casi le parecía un sacrilegio estar desperdiciando esa botella tan cara. Estrella, sin embargo, se mostraba muy cómoda en aquel ambiente de distinción y lujos y eso le hizo preguntarse desde cuándo y por qué tenía acceso a tantos privilegios.

—¿Siempre bebes vinos caros? —preguntó tratando de abrir camino a lo que deseaba saber.

—Mi tía no me dio amor, pero me cubrió de lujos: colegios caros, ropa de diseño, amigos distinguidos y vino de primera.

Belén quería ser prudente ante lo que parecía una apertura a hablar de su pasado. Su mirada se posó en el reloj de Estrella. No había visto uno así en su vida: pulsera de oro, y bisel de diamantes. Debía costar una fortuna.

—Este Rolex Lady-Datejust me lo regaló mi tía cuando cumplí 18 años. Pero solo porque sus amigas hacían lo mismo, siempre había que mantener el nivel de las apariencias, ya sabes.

—Eres muy dura con tu tía —dijo Belén.

—Tienes razón —dijo Estrella y sus ojos adquirieron de nuevo el matiz gris que volvía su mirada fría—. Al fin y al cabo, ella me acogió cuando mi madre me rechazó.

Aquel era un tema muy delicado, sin duda, y Belén no quería decir nada que empeorara las cosas, ahora que parecían a gusto. El recuerdo que guardaba de Mercedes no encajaba para nada con ese proceder. Aún así, prefirió no anteponer sus juicios, y permitir a Estrella expresarse con libertad.

—Cuando llegué a casa de mi tía —prosiguió Estrella—, era bastante pobre y a mi tía le molestaban mis modales. Le molestaba sobre todo mi postura, decía que era postura de pobre, así que enderezó mi espalda con un corsé. Aprendí pronto que, si quería sobrevivir en aquella casa, tendría que empezar a ser otra persona.

—Estoy segura de que tu madre tuvo una razón para enviarte con tu tía.

—Mi padre había muerto, estábamos arruinadas y ella creyó que era una solución. Dijo que sería temporal, que volvería a por mí en cuanto solucionara algunas cosas. Y ya ves, nunca lo hizo. Mi tía no tenía hijos y quiso tener una muñeca para jugar con sus amigas. Pero, a pesar de la ropa, los colegios caros y todos los lujos, yo siempre me he sentido como esa niña pobre con la espalda torcida.

Aquel relato y la sinceridad descarnada con que se lo ofrecía, sobrecogió a Belén. Tenía ganas de abrazarla, pero no se atrevía. En vez de eso, posó su mano sobre la de Estrella, tratando de brindarle su apoyo. Pero Estrella no aguantó mucho el contacto. Se levantó con la excusa de encender la estufa de leña para calentar la estancia. Belén observó su bonita espalda, perfectamente alineada y sintió que el dolor de Estrella era tan antiguo y profundo como innegable.

—Si nadie me espera en casa —dijo Belén tras una meditada pausa—, es porque, de algún modo, siempre he estado sola. Mi familia tampoco era... muy normal, por decirlo de forma suave. El caso es que tuve que cuidar de mí misma desde muy joven. Y, aunque sé que para ti no ha sido así, el hecho es que, cuando tu madre me dio la oportunidad de trabajar con ella, cambié mi vida. Yo... no tenía más estudios que la ESO, nadie se había preocupado de mí y mis perspectivas eran terribles, drogas y quién sabe qué. El Refugio, tu madre, me salvaron de todo eso; Me dio un oficio, que amo tanto, y durante el tiempo que estuve con ella, fue lo más parecido a una figura maternal.

Estrella se dio la vuelta para escuchar a Belén. Sus ojos mostraban comprensión y compasión, un matiz hasta ahora desconocido. A pesar de su dolorosa experiencia, y pese a que Belén podía considerarse como alguien que inmerecidamente había recibido el amor materno que a ella se le negó, surgía entre ellas algo más fuerte: la empatía de quien reconoce a otra niña solitaria y su sufrimiento.

—Y sin embargo —dijo Estrella—. Tú has sido capaz de amar la Navidad y yo no.

De nuevo la pausa se ofreció como un momento para darle esperanza pero Estrella ya mostraba en su rostro la superficialidad de la que se ayudaba para salir de su interior y que, ahora se daba perfecta cuenta Belén, la había ayudado a sobrevivir.

—Pero basta ya de melodramas, ¿no te parece? ¿Pongo un poco la tele, a ver si el mundo sigue en pie?

El sonido de la televisión actuó como otro intermediario que les brindaba algo de normalidad banal después de aquella intimidad y les dio excusa para hablar de generalidades hasta pasado un buen rato, en el que fue evidente que habría que pensar en lo de dormir.

Las opciones no eran muchas: sofá estrecho o suelo. Estrella se descalzó, dejando a un lado sus zapatos de diseño y dispuso los cojines sobre la mullida alfombra, a los pies del sofá. Con la manta y la estufa de leña, todo era bastante confortable.

—Creo que si alguien debe dormir en el suelo, soy yo —dijo, acomodándose.

Belén sonrió, divertida con aquella manera de autocastigarse, tan innecesaria. Se quitó las botas y se arrodilló a su lado.

—Prefiero compartir la alfombra blandita, si no te importa —dijo.

Estrella aceptó. No estaba acostumbrada a compartir espacios tan personales, pero algo en Belén la hacía sentirse cómoda aunque vulnerable. Se soltó el pelo y dobló su chaqueta con una sencillez y una gracia que Belén admiraba.

—Nunca pensé que mi blazer de Channel acabaría como una almohada.

—Puedes usar mi jersey, a mi no me importa —dijo despojándose de él en una maniobra rápida y ofreciéndoselo.

Estrella miró el jersey color burdeos y después a Belén, que se había quedado con una camiseta interior de finos tirantes. Se fijó en sus bonitos hombros de piel blanquísima, la fascinante curva de su clavícula y el lunar solitario que tenía en la base del cuello.

—No te preocupes —dijo desviando la vista hacia su chaqueta—, prefiero ultrajar a mi tía. Le daría algo si me viera.

—Como quieras.

Belén se acomodó bajo la manta y en varios movimientos se quitó sus vaqueros.

—¿Vas a dormir con pantalones? —preguntó con curiosidad.

—Son muy cómodos —dijo Estrella, mirando al techo.

—Se te van a arrugar.

—Ya.

Belén no insistió. Percibía su lucha interna entre el deseo de estar más cómoda y el temor a exponerse a una intimidad mayor. Quería respetar ese espacio, esa línea invisible que ambas parecían temerosas de cruzar.

Tras un par de minutos en la que ninguna dijo nada, los nervios se apoderaron de Belén, que, un poco nerviosa, zapeó por los canales y de pronto se entusiasmó ante la sintonía de una película que justo empezaba.

—¡*Solo en casa!* ¿La vemos?

—No veo películas navideñas.

—Te recuerdo que estás atrapada y yo tengo el mando.

—No serás tan cruel.

—Ya lo creo que sí.

Estrella no pudo objetar nada y se encogió de hombros y sorprendentemente, media hora después, empezó a disfrutar de la película. No era tan terrible y tenía su gracia aquel ambiente. Tal vez era el vino, la lumbre de la estufa, lo acogedora que resultaba la biblioteca en comparación con su hotel. O quizá la compañía de Belén, que era desenfadada y fácil. Una manta y buena compañía: aquello debía ser lo que tantas personas valoraban y ella siempre había despreciado. No pudo evitar soltar una carcajada cuando uno de los ladrones, cayó en una de las trampas del pequeño Kevin.

—Deberíamos tomar nota por si se cuela algún intruso en El Refugio, claro que yo optaría por una trampa más sofisticada, ¿y tú?

Pero Belén no contestó. Estrella se giró hacia ella y la admiró sin miedo. Se había quedado dormida. Sintió una oleada de ternura y protección al observar su inocente rostro, en el que bailaban las sombras proyectadas por la tele. Se fijó entonces en una marca, sobre la frente, a la altura del nacimiento de pelo. Y, con un atrevimiento impropio de ella, posó la yema de su dedo, suavemente, sobre esa cicatriz rosada, allí justo donde impactó el libro que le lanzó a la cabeza cuando eran unas jovencitas.

«Qué salvaje fuiste, Estrella». Y deseó besar ese punto para pedirle perdón.

6. UNA DEUDA PENDIENTE

Los días siguientes fueron de una actividad intensa, las chicas dividieron sus esfuerzos y se vieron muy poco. Estrella se entregó al proyecto de Lambert y Belén se volcó con toda su energía en El Refugio, que estaba recibiendo muy buena acogida desde los cambios y requería su trabajo y presencia constantes.

Gracias al duro trabajo y el compromiso de las chicas, el sábado 23 de diciembre, un día antes de lo previsto, Estrella estaba lista para mostrar el proyecto de decoración a su cliente. Estaba nerviosa, como siempre que presentaba un diseño, con el añadido de haberse lanzado al vacío en una nueva dirección y sabiendo que para su cliente aquello se trataba, sobre todo, de un examen. Claro que nada de aquello hubiera sido posible sin Belén. En reconocimiento, Estrella le había pedido que la acompañara a la cita pero ella le dijo que no podía alejarse de la tienda en los días previos a Navidad, en los que contaba con hacer la mayor parte de las ventas.

Se preguntaba si Belén quizá quería alejarse un poco. Hacia ya seis días que habían vivido esa invitación a abrirse la una a la otra, que fue el encierro inesperado en la biblioteca de Lambert, donde una energía especial había fluido entre las dos. Estrella rememoró la tensión y el deseo que había sentido, una mezcla de anhelo y miedo a cruzar una frontera que parecía peligrosamente tentadora. En aquel espacio confinado y ofrecido a ellas por el destino, rodeadas de libros y bajo la luz tenue, había sentido una atracción magnética hacia Belén, una necesidad física de explorar la cercanía que sus cuerpos parecían pedir. Le pareció, pero no estaba segura, que había una invitación implícita también en la mirada de Belén, un deseo latente que la había desconcertado profundamente. Sin embargo, Estrella no había dado el paso. ¿Qué hubiera pasado si se hubiera atrevido a dejarse llevar por la corriente de emociones que fluía entre ellas? La frustración de no haber explorado esa posibilidad cuando tuvo la oportunidad aún la atormentaba.

Era muy consciente de sus escudos y cómo de vulnerable la hacía sentir la proximidad emocional. Quizá por eso había sido fácil refugiarse de nuevo en el trabajo, alejarse con la excusa de todo lo que tenían que hacer. Temía estar construyendo algo en su mente, ¿el qué? ¿Una fantasía de conexión especial con alguien? Algo, que no sabía nombrar, que no podía controlar y a lo que no estaba acostumbrada, algo que no había tenido jamás.

Estrella se ajustó el cuello de su jersey de cachemira color gris perla, que ofrecía un bonito contraste con el azul oscuro de su abrigo largo de lana. Dio unos pasos mientras esperaba a su cliente, el tacón de sus botas resonaba en la acera. Su postura y su vestimenta reflejaban su profesionalidad y la ayudaban a meterse en su papel de joven responsable y brillante.

Por fin Andrés Lambert apareció. Llevaba en la mano dos manzanas de caramelo y le tendió una a Estrella.

—Feliz Navidad —dijo.

Estrella tomó la manzana sin saber muy bien que hacer con ella. Rechazar un regalo en ese día no parecía buen presagio.

A sus cincuenta y tantos, Andrés Lambert tenía un aspecto vigoroso y triunfador. Su pelo rubio, ya casi cano, estaba peinado hacia atrás. Sus ojos eran grises, su mandíbula, cuadrada y fuerte, le daba carácter. Vestía un traje a medida de lana oscura y una camisa blanca con los botones del cuello desabrochados.

Sin más preámbulos, Andrés ya se había lanzado en dirección al salón y Estrella apresuró el

paso tras él. Mientras atravesaban el hall y las estancias previas del palacete, los nervios de Estrella elevaban sus pulsaciones.

Lambert se detuvo en el umbral del salón. La suerte estaba echada.

—¡Vaya! —dijo, sin que Estrella pudiera interpretar aún sus impresiones.

Su mirada se desplazó por la habitación con una mezcla de admiración y sorpresa. Después toda su atención se centró en *Danza Invernal de los Ciervos* y entonces enmudeció. Estaba acostumbrado a la belleza y la riqueza pero se reflejaba en él una impresión diferente, algo que, desde luego, no había esperado encontrar. La escultura de Belén transcendía la decoración navideña y era una pieza de arte contemporáneo en sí misma que creaba un impacto visual definitivo. La propia Estrella siempre quedaba siempre subyugada por ella.

Pasaron unos minutos hasta que Lambert habló:

—Es cojonuda —dijo—. Parece que los ciervos tengan movimiento y vayan a empezar a correr por el salón. Es más que una escena de invierno. Es una escena de vida y libertad.

Su mirada entonces examinó el resto del espacio en el que todo había sido cuidado hasta el detalle más pequeño. El árbol, la chimenea, los textiles, la luz escogida y la pintura de las paredes, cada elemento apoyaba a los demás. El magnate suspiró con aprobación.

—Creía que no serías capaz de conseguirlo, de verdad. Es navideño y elegante sin caer en los clichés. —La miró con admiración—. Es lo mejor que has hecho para mí. Pensaba que eras una buena gestora, sí, una niña pija con gusto, pero esto es... arte.

Estrella no perdió la oportunidad para elogiar a Belén, a quien atribuía mucha parte del mérito de aquel proyecto. Andrés Lambert quedó tan impresionado por sus palabras que prometió pasar por El Refugio a conocerla en persona.

—Bien, señorita —dijo Andrés mordiendo la manzana de caramelo con una mirada ambiciosa en sus ojos grises—. Y ahora que por fin sé en qué liga puedes jugar, tengo algo que proponerte.

Por su parte, en El Refugio, Belén había recibido la visita más degradable e inesperada. En cuanto vio entrar al hombre, supo que no se trataba de un comprador, ni de un vecino del pueblo y que su alma estaba bien alejada de la magia de la Navidad. Había en él algo ávido, metódico, casi inquisitorial y ajeno por completo a la compasión. El visitante se presentó y confirmó las malas sensaciones: era un inspector de Hacienda. Preocupada, lo invitó a pasar a la trastienda. Aquel hombre de pelo peinado al milímetro y gafas rectangulares, emanaba un espíritu aguafiestas tan palpable que podía ser contagioso y Belén quería preservar al Refugio de su influencia. La radio estaba encendida y el Sorteo Extraordinario de Navidad, en marcha. Los niños cantaban los números con su tradicional soniquete, generando expectación en cada rincón del país.

—Iré al grano —dijo el inspector con su expresión inmutable, rebuscando en su maletín—. Está usted en un buen problema con la Hacienda Pública.

—¿Yo? —Belén palideció.

El inspector le tendió una notificación.

—Durante nuestra auditoría retrospectiva de los registros fiscales de esta entidad, hemos identificado una serie de irregularidades que se remontan a varios ejercicios atrás. Específicamente, hay una discrepancia significativa en las declaraciones de IVA debido a un error contable que no fue rectificado en su momento.

—¿Un error, de quién?

—Eso no es lo importante. Este error, atribuible a la gestión anterior, ha resultado en un déficit tributario acumulado, junto con intereses de demora y sanciones por incumplimiento.

Belén sentía que el suelo se estaba acercando a ella o tal vez era que estaba a punto de

desmayarse. Las voces de los niños de San Ildefonso, cantando el sorteo de Navidad, le parecían irreales.

El inspector, ajeno al efecto de sus palabras, colocó sus gafas más cerca de sus ojos y continuó:

—La magnitud de esta deuda es considerable, y la ley me obliga a informarle que, si no se salda antes del término del ejercicio fiscal actual, procederemos con las medidas pertinentes, que incluyen el embargo de activos del Refugio.

—¿Qué quiere decir? ¿Embargo? Pero yo no he hecho nada malo.

—Señorita, en Hacienda no atendemos a criterios morales. No me cabe duda de que usted actúa siempre de buena fe y esta irregularidad no refleja su administración actual, pero la responsabilidad tributaria recae en la entidad, independientemente de los cambios en la gestión. Le insto a que considere todas las vías posibles para resolver esta situación de manera oportuna.

Y dicho esto se levantó.

—¿Cuánto debo y qué plazo tengo para pagar la deuda?

—Su negocio adeuda treinta y dos mil euros que deberá abonar antes del 31 de diciembre. Que tenga un buen día. Felices fiestas.

Belén fue incapaz de levantarse del taburete y acompañar al funcionario a la salida. Las piernas no la sostenían. ¡32.000 euros! ¡El 31 de diciembre! Eso superaba con creces sus reservas de efectivo y el plazo de diez días era ridículo. Aquel golpe parecía aplastar todas sus ilusiones. No podía comprender cómo podía pasar algo así, justo en el momento en que concebía esperanzas para su querido negocio. No le cabía ninguna duda de la honorabilidad y diligencia de Mercedes, una mujer honrada, sacrificada y trabajadora y solo le consolaba que la pobre mujer no hubiera recibido esa noticia tan preocupante en vida. Su gestor tenía que haber cometido una enorme negligencia. Desolada, Belén apagó la radio. Ni siquiera tenía un boleto para participar en el sorteo de Navidad. Apretó los puños para no comenzar a llorar. Una mujer la reclamó desde la tienda, interrumpiendo su desconsuelo. Belén se levantó, se secó las incipientes lágrimas y salió a atender a su cliente.

En el hotel, Estrella se enfrentaba a un gran dilema. Era la primera sorprendida por la propuesta laboral de Andrés Lambert. La oferta que le había presentado tenía la capacidad de cambiar su vida, así de importante era. Ni más ni menos, le había ofrecido liderar una serie de importantes proyectos de diseño en Singapur. Las cifras del acuerdo mareaban y las posibilidades de escalar profesionalmente le producían vértigo porque superaban cualquier objetivo de crecimiento que se hubiera planteado para los próximos cinco años.

“Te introduciré en las casas de los empresarios más ricos del país”, había dicho Lambert. “Te posicionarás como un referente en el mundo del diseño internacional”.

Y ahí estaba, justo lo que siempre había querido, lo que tantas veces había visualizado, lo que ambicionaba sin descanso, hora tras hora. Y sin embargo, no había sentido ese definitivo y aclarador entusiasmo que la debía sacudir por dentro y lanzarla sin dudar en pos de su gran oportunidad. Quizá era la sorpresa. Aunque no se sentía arraigada a ningún lugar, de pronto la perspectiva de instalarse por quién sabe cuánto tiempo en Singapur, le producía desasosiego. No había ninguna duda de que era una oportunidad única para lanzar su carrera, pero había algo que la hacía dudar, una voz interna que susurraba la posibilidad de un camino diferente. Y, para aumentar la presión, la decisión no podía posponerse. Lambert quería empezar inmediatamente y había propuesto firmar el contrato, al día siguiente, el 24, antes de Navidad, para viajar ya el día 26. Ante esas perspectivas podía marcharse esa misma noche del pueblo y dejar atrás todo su pasado de forma definitiva.

Estrella sacó su teléfono y marcó el número de Belén. Necesitaba hablar con ella de la oferta de Andrés Lambert, compartirlo de algún modo y agradecerle todo lo que había hecho por ella. Pero el teléfono comunicaba. Se dio cuenta de cuál era su problema. Belén era su problema. Era una estupidez siquiera pensar esas cosas cuando estaba ante la ocasión de su vida, pero el vínculo, la relación incipiente que se estaba desarrollando entre ellas esos días, mezcla de ferviente colaboración, de admiración, de confidencias y sí, también de algo más que no podía precisar con palabras pero que sentía, todo eso se iba a interrumpir de golpe. Estrella se frotó las sienes, tratando de sacarse de ese estado. No era propio de ella ser tan emocional y poco lógica.

“Vamos, vamos, no seas estúpida, sé racional. No la conoces de nada. No es nadie en tu vida”.

Se puso el abrigo, incapaz de permanecer en espera en el hotel antes de reunirse de nuevo con Lambert. A través de la ventana veía los copos de nieve caer de nuevo sobre esa tarde de diciembre. Recordó el broche de copo de nieve que Belén le había visto en la solapa. “No es Navidad, solo es un fractal”, se dijo acariciando la fría superficie de su Rolex y sus pensamientos no tardaron en llevarla muy lejos de allí.

7. REGALOS DE DESPEDIDA

Nochebuena, el día más bonito del año para Belén, el del milagro de la Navidad, el de la celebración, se veía amenazado por una deuda de 32.000 euros y un plazo límite más que estresante. Pero su carácter, generoso y optimista, se negaba a dejarse doblegar. Ella creía en la Navidad y El Refugio era más que su trabajo: era su hogar y parte de su corazón. Y nadie puede amenazar a un corazón sincero. Ni siquiera Hacienda.

Deseaba más que nada hablar con Estrella, pero no se había atrevido a proponerle una nueva cita ahora que el proyecto con Lambert había acabado y que Estrella le había dado ya sus buenos consejos para enderezar El Refugio. Se daba cuenta de que sus complejos de chica humilde la alejaban de Estrella. En el fondo le parecía que poco podía ofrecerle, porque poco poseía, pero no se la quitaba de la cabeza.

Y eso era mucho decir, porque su cabeza estaba llena de preocupaciones ese día. A contrarreloj, estaba preparando un acto muy importante para esa tarde: una venta flash de artesanías a precios reducidos. Iba a sacar todo el stock y sus mejores esculturas, en un intento desesperado por obtener fondos rápidos. Una llamada de auxilio a sus vecinos, angustiada y necesitada, para tratar de salvar aquella tienda que tanto tiempo llevaba en la comunidad. Desde la visita del inspector de Hacienda, y después de superar el shock inicial, se había puesto en marcha, sin perder un minuto, anunciando el evento en todas las redes sociales. Estaba dispuesta a cualquier esfuerzo por El Refugio.

Con su delantal rojo con bordados de acebo, Belén se afanaba en disponerlo todo. Había sacado una bonita caja de madera tallada y había creado un cartel llamativo: “Salva al Refugio” con la esperanza de obtener donaciones.

También había despojado de adornos el árbol de Navidad de El Refugio, uno de los atractivos de la tienda, que momentáneamente lucía desnudo. Solo había dejado la estrella que remataba el árbol y cuya luz, por algún motivo, había dejado de funcionar. Aún así era bonita pero cuando tuviera cinco minutos libres la reemplazaría por otra. Belén había creado una campaña. Por cada donación, colgaría una bonita luz en el árbol y pondría una chapa con el nombre de los donantes. Esos nombres estarían siempre en el corazón de El Refugio y Belén se comprometía a hacer una gran escultura permanente con ellas.

Pero mientras trabajaba, dispuesta a trascender sus límites y sus miedos, en busca de fondos, su cabeza volvía a Estrella. Sabía que aquella conexión que se sentía tan auténtica, se truncaba sin llegar a consolidarse y le apenaba porque creía que el motivo principal era que se había acercado demasiado a una mujer que no estaba preparada para la intimidad.

A pesar de todo, o precisamente por todo, Belén quería que Estrella fuera feliz. Lamentaba mucho que lo más importante de la Navidad, la parte humana, milagrosa, amorosa y pura fuera a esquivarla sin tocarla. La parte, además, que más amaba Mercedes. Mercedes, Mercedes...

Paró de trabajar. De pronto esa aparición de Mercedes en su mente le pareció muy significativa y nada casual y, como sintiendo una llamada, fijó su vista en el árbol de Navidad. Para su sorpresa, la estrella se había iluminado de pronto, después de días sin funcionar. La miró con asombro y le pareció una confirmación de que debía seguir su corazón.

Mercedes era la clave. Estaba segura de que su antigua patrona, casi una madre para ella, nunca abandonó a su hija Estrella. No era posible. Tenía que haber una explicación, aunque ya fuera imposible obtenerla de ella, que había abandonado este plano terrenal para siempre. Algo,

una intuición, una inspiración, una idea, le comunicó sin palabras que debía buscar en la trastienda, en la documentación que aún conservaba allí de la gestión de su antigua jefa. Cuando Mercedes murió, las cajas de documentos quedaron apiladas y todavía seguían allí. Belén, que les había echado una mirada rápida en su día, creía que eran inventarios, albaranes, facturas. Y nada más. Pero ahora sentía la urgencia de comprobarlo.

Se metió en la trastienda y localizó las cajas. Tenía trabajo por delante y muchísimo que hacer en la tienda, pero se sentía impelida a seguir hasta el final lo que le dictaba el corazón. Quitó el polvo a las cajas. En la primera y segunda no encontró más que documentos y papeles. En la tercera, escondida bajo una pila de albaranes, halló un tesoro escondido.

Belén sostuvo tres paquetes muy voluminosos de lo que parecían cartas manuscritas, atadas con una delicada cinta de terciopelo rosa que le indicaba que aquello era material personal. Las cartas no tenían sobre y estaban escritas en un papel azulado muy fino. Eran copias en papel carbón. Así que se trataba de duplicados. Todas llevaban el remitente en el encabezado. Estaban escritas por Mercedes y dirigidas a su hija. Revisó los montones: las cartas estaban ordenadas por fecha, desde la primera en febrero de 2004, hasta la última, datada de 2014. Había por lo menos 500 cartas en total. Belén sintió que el corazón le cambiaba de tamaño debido a la trascendencia del hallazgo, como si el órgano vital hubiera dado un salto. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y comenzó a leer. Sentía que, de algún modo, contaba con la bendición de Mercedes para dar aquel paso en el que solo buscaba ayudar a Estrella.

Media hora después, seguía leyendo y las lágrimas fluían de sus ojos ante aquellas cartas, que se sucedían semanalmente y sin falta. La colección de cartas contaba una historia muy clara, pero no por ello menos cruel y dolorosa. Las epístolas se dirigían la mayoría a Estrella, llenas de amor y esperanza, pero algunas estaban dirigidas a la hermana de Mercedes, la tía de Estrella. Una correspondencia que reflejaba cómo la historia de desesperada petición de auxilio y gratitud inicial de Mercedes por la ayuda temporal de su hermana en un momento tan delicado, se tornaba tensión ante la negativa de la tía a que la niña se reuniera con su madre. Ante eso, Mercedes se volvía suplicante, luego enfadada con su hermana, pero esta, gélida, dura, asesorada por abogados, poderosa por su capacidad económica, fuerte y determinada, le reiteraba a su hermana que ya no sería bien recibida y que, si alguna vez pensaba en el bienestar de su hija, dejaría de escribirle de una vez por todas.

Belén se sentía indignada. La tía de Estrella había secuestrado a la niña de algún modo, apartándola de su madre y, estaba muy segura, ocultándole sus cartas, impidiendo cualquier acceso de Mercedes a su hija. ¡Cuánto debía haber sufrido! Por eso, Mercedes concibió su plan de abrir el negocio y trabajar a destajo. Abrió El Refugio para ofrecerle la opción de trabajar allí a su hija cuando cumpliera los 18 y pudiera separarse de su tía. Pero Estrella, después de años de distancia y mentiras, envenenada por el relato manipulador de la tía, que la convenció del abandono de su madre, llegado el momento, despreció a Mercedes. Y por eso, entre otras cosas, Belén había llegado al Refugio. Jamás remplazó a Estrella en el corazón de su madre.

Aún estaba conmocionada por el hallazgo cuando la campana de la puerta de entrada sonó, indicando que había entrado otro cliente. Dejó las cartas en la caja y salió, con la cabeza llena de todas aquellas palabras tan impactantes, de aquella verdad revelada.

Se quedó de pie en el umbral cuando vio a Estrella. Estaba de pie, observando la caja de madera con el mensaje: “Salva al Refugio”, después miró al árbol de Navidad y pasó sus ojos por el resto de la tienda, tratando de entender las novedades. Por fin, miró a Belén, que seguía de pie en el umbral, frotando las manos contra su delantal rojo.

—¿Qué pasa? —preguntó Estrella—. Parece que has visto un fantasma. El Fantasma de la

Navidad.

Y en cierto modo, Belén se sentía como si lo hubiera visto. Como si una presencia del pasado se le hubiera aparecido, justo en Nochebuena, dándole un mensaje que podía cambiar una vida y deshelar un corazón. Y todo lo que ahora sabía le hacía ver a Estrella, que estaba allí de pie, con su aire profesional, su ropa cara y su éxito, como una niña que había sido apartada de su madre.

Estrella ajena a todo aquello, esperaba y seguía intrigada por lo que fuera que estaba preparando Belén.

—Suenan muy necesitado —dijo señalando el letrero de las donaciones.

—Es solo una estrategia de marketing —dijo Belén mirando al suelo y dirigiéndose a su mesa de trabajo.

Se le hacía intolerable contarle a Estrella lo que había pasado con Hacienda y la ruina que pendía sobre su cabeza. Odiaba ser una molestia para aquella chica que seguramente tenía otros planes mejores que escucharla y, además, intuía que Estrella culparía del problema financiero a su madre, aumentando todos sus prejuicios negativos. O quizá era que Belén también sentía miedo a abrirse por completo a alguien que de algún modo empezaba a necesitar.

—¿Estás organizando algo?

—Sí, esta noche haré una especie de mercadillo con ventas especiales y sacaré el stock que tengo. En Nochebuena siempre vendo mucho. Me gustaría que los vecinos disfrutaran del espacio en una noche tan especial. Estaremos hasta tarde.

En el semblante de Estrella, iluminado por el color burdeos de su suéter de cachemira, se reflejaba que algo de lo que le contaba Belén no encajaba. Quizá la premura del plan, quizá el alarmismo del mensaje, en definitiva una serie de decisiones que parecían contradecir sus enseñanzas de vender menos y más caro. Pero, si todo eso le hacía desconfiar, mantuvo la prudencia. Interpretaba la actitud de Belén como un deseo de distanciarse de ella.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Belén mientras trabajaba en una guirnalda de papel, trenzando los papeles de colores brillantes. Trataba de recuperar la normalidad para poder llevar la conversación a lugares alejados de los problemas de El Refugio o de todas las sensaciones que la asaltaban cuando veía a Estrella.

—Me marcho esta noche del pueblo. He venido a despedirme.

Belén detuvo el movimiento, se colocó el pelo sobre la oreja y por fin la miró, tratando de que sus ojos no delataran su sorpresa y decepción.

—¿En serio? Supongo que es normal volver a casa en una fecha así.

—Andrés Lambert me ha hecho una oferta irrechazable. Se trata de un trabajo muy importante en Singapur.

—Singapur, eso está muy lejos.

—Firmo esta tarde. Y después regreso a casa para preparar mi marcha a Asia.

—Es una gran noticia. Me alegro mucho por ti —dijo con sinceridad, tratando de apartar sus propias emociones de la ecuación y centrarse solo en aquella buena nueva para Estrella.

En realidad, por su parte, Estrella no esperaba que Belén se viera afectada o tomara su marcha a mal, ni, por supuesto, que una relación de apenas diez días en la que solo había unos sentimientos que ella misma no comprendía y que probablemente Belén no compartiera, fuera un motivo para cambiar sus planes. Pero se sentía triste con aquella despedida. Más de lo que había estado nunca.

Belén se había vuelto a centrar en su guirnalda para controlar sus nervios. Estrella se aproximó a la mesa de trabajo. No solo había ido a despedirse.

—Pero antes de marcharme quisiera darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Sé que

no empezamos con muy buen pie hace diez años, pero me has ayudado mucho cuando no tenías por qué. Siento que tú me has dado más a mí de lo que yo te he dado. Así que, además, por supuesto, de pagarte por el trabajo en casa de Lambert, quiero... darte esto.

Estrella se llevó la mano a la muñeca y se quitó el Rolex, lo dejó en la mesa, junto a la mano de Belén, que la miró como si no entendiera. Estaba conmocionada por sus palabras. ¿Qué le había dado ella? ¿Qué poco afecto había recibido Estrella en su vida si sus humildes atenciones la habían hecho sentir apreciada! El reloj refulgía como una joya con sus destellos de oro y diamantes.

—No puedo aceptar tu reloj. No he hecho nada para merecerlo. Es una locura.

—Sé que tu modestia te impide ver lo increíble que eres —dijo Estrella—, pero, por favor, acéptalo, si no para ti, para El Refugio. Este reloj siempre me ha pesado demasiado y me haría feliz que sirviera de verdad para algo, no para impresionar ni para comprar a nadie, solo para ayudar de forma altruista a un lugar como El Refugio en una Navidad especial. Te mandaré los certificados del reloj. Mi tía escogió un modelo muy caro y está en muy buen estado... de segunda mano pueden darte unos 20.000 euros. Considéralo mi regalo de Navidad y mi liberación, por favor.

Belén abrió su corazón y aceptó el regalo de Estrella. Sabía que parte de sus problemas en los últimos tiempos habían surgido por su convencimiento de que no merecía, de que su papel consistía en dar. Pero ahora estaba aprendiendo que recibir era parte del juego, que aceptar era también permitir al otro dar y liberarse.

—Y ahora sí me marcho —dijo Estrella—. Odio demorar las despedidas. En Singapur estaré en otra franja horaria, pero te llamaré.

Estrella se abotonó el abrigo gris y se dirigió a la puerta. Belén, se había quedado clavada junto a la mesa de trabajo.

—¡Espera!

Corrió a la trastienda y regresó con la caja de cartón que contenía las cartas. Fue hacia Estrella con el corazón galopándole en el pecho. Dejó la caja a un lado. Veía la sorpresa en los ojos de Estrella. Olvidándose de sus barreras, de las inseguridades, de las timideces, de los “deberías” o “no deberías”, abrazó a Estrella. Y fue el abrazo más sincero y más intenso que jamás dio en su vida. Le pareció como si tuviera toda la energía de la víspera de Navidad y como si concentrara todos los abrazos que las chicas no recibieron cuando lo necesitaban. Como si compensara a todas las niñas heridas del mundo. Estrella solo pudo abrirse y rendirse a esa fuerza que la atravesaba con dulzura, que la envolvía y la amaba. Y sintió un calor físico que se extendía en su cuerpo y que volvía inútil su gélida armadura.

—Te deseo una Feliz Navidad —le susurró Belén. Y después besó su mejilla con una dulzura y una intimidad tan sincera, que la hizo estremecerse.

Estrella hubiera querido retenerla pero Belén se había apartado para tenderle la caja.

—Espero de verdad que esto te dé algo de paz.

Y entonces la campana de la puerta empezó a sonar porque varias clientas habían entrado y Belén se sintió atrapada por todo lo que había que hacer todavía y, cuando volvió a mirar hacia la entrada, Estrella ya se había marchado, quizá para siempre.

8. EL CORAZÓN DEL REFUGIO

Estrella se sentía muy intrigada por aquella caja que sostenía en los brazos. Había un temor expectante en su interior, como si una parte de su ser supiera algo que su intelecto aún desconocía. Y sí, se sentía muy aligerada por haber dejado el Rolex atrás y por haberle dado un sentido más importante y satisfactorio que adornar su muñeca.

El abrazo de Belén aún calentaba su cuerpo y el beso todavía cosquilleaba en su mejilla. Se preguntó cuántos almuerzos de trabajo, cuántas jornadas maratónicas, cuántas noches sin nadie a quien esperar en casa, conseguirían volver a instalar el frío en ella.

Pero no había tiempo de consideraciones porque tenía una cita definitiva con Andrés Lambert a las ocho de la tarde. Una hora significativa en una noche especial, en la que todo el mundo prefería estar cenando con sus familias, pero en la que los solitarios y los adictos al trabajo necesitaban estar ocupados.

De vuelta en su habitación de hotel, lo primero que hizo fue ducharse y cambiarse de ropa. La ducha no anuló el efecto del abrazo de Belén, el agua cálida parecía encenderlo más y se maravilló de que Belén hubiera activado una presencia en su cuerpo, una viveza tan irreconocible y, a la vez tan real, tan suya en realidad, que la hacían querer llorar de alegría y gratitud.

Se vistió con lo más sencillo que tenía: un suéter de cuello vuelto color topo, unos chinos color crema y unos mocasines marrón chocolate. Decidió dejar su pelo suelto. Era una elección inusual para abordar la cita profesional que tenía en un par de horas y en la que iba a firmar su nuevo contrato, pero se sentía diferente. Se acomodó en la butaca del hotel y subió la caja a su regazo. Era el momento de abrir aquel regalo.

“Queridísima Estrella:

Sé que ahora estarás triste, quizá enfadada y haciéndote muchas preguntas de por qué te he enviado con la tía. No hay palabras que alivien la pena que siento por no tenerte cerca, abrazarte cada noche y ver tu sonrisa al despertar.

Pero quiero que sepas, Estrella de mi vida, que cada decisión que tomo, aunque sea muy difícil y no la entiendas ahora, la tomo porque te amo más que a nada en esta vida.

Esta separación es solo temporal. Estoy trabajando muy duro para que podamos reunirnos pronto y no te falte de nada. No pasa una hora sin que piense en ti y luche por nuestro futuro.

Te mando todos los besos del mundo hasta que pueda dártelos en persona, muy pronto. Sé amable con la tía, que nos quiere ayudar. Y sé fuerte y valiente.

Con todo mi amor,
Mamá”

El primer regalo que le dieron esas cartas fue el de abrir algo que había estado cerrado desde que era adulta. Le permitieron llorar. Un llanto que había quedado atrapado en su interior, solidificado, congelado tras horas de llorar a solas, de niña, cuando se creía abandonada por su madre. Y así, lloró y lloró.

El viaje emocional que Estrella vivió en esas dos horas fue el más intenso de su vida. Cada carta la sacudía con un nuevo entendimiento:

“Hermana,

nuestras perspectivas han sido diferentes sobre lo que es mejor para Estrella, pero es

imperativo que vuelva a mi lado.

Esta solución era temporal después de la muerte de Eduardo y ella ya ha sufrido demasiado por perder a un padre. Me doy cuenta de que, aun con las mejores intenciones, me equivoqué al separarla de mí. Estrella me necesita a su lado.

Voy a ir a buscarla y no me importan las dificultades que tenga que afrontar con tal de estar con mi hija. Espero que seas razonable y me facilites las cosas”.

Cada palabra de su madre, la conectaba con la sinceridad de la madre que ella conoció antes de la separación y por cuya incomprensible pérdida tanto había sufrido. Cada palabra de su tía también la conectaba con su severidad y dominio:

“Querida Mercedes,

Puedo comprender que como madre, tu instinto te impulse a recuperar a Estrella, pero tienes que entender que en este asunto no se trata solo de lo que tú deseas. Tengo la custodia legal y la responsabilidad de Estrella, y le he proporcionado un entorno que tú no podrías ofrecerle en estos momentos, ni nunca.

La niña ahora tiene estabilidad, excelencia educativa y un futuro prometedor, algo que está en riesgo si la desplazas de nuevo, solo por tu egoísmo y sentimentalismo. No subestimes los pasos que estoy dispuesta a dar para proteger su bienestar. Tengo los medios y los contactos necesarios para asegurar que las decisiones tomadas sean definitivas y en el mejor interés de Estrella.

No me desafíes en esto. La lucha solo resultará en más dolor para todos los involucrados, especialmente para Estrella.

Atentamente,

Gloria”

Y así seguía una lucha que su madre nunca consiguió ganar a pesar de sus intentos.

La rabia se abrió paso en su pecho, mezclada por ese amor materno que ahora recibía en diferido, pero no por ello menos auténtico y real, con un poder descomunal para conmoverla. Todo el torrente de emociones se vertía sobre ella en oleadas: su rencor hacia su tía por haberle robado el amor materno, por haberla apartado y comprado; sus propios remordimientos y su enorme sentimiento de culpa por no haber creído en el amor de su madre, por no haber visto, cegada por su tía. Ahora entendía el sacrificio, el dolor, la lucha de su madre y su último intento a la desesperada cuando llegó a la mayoría de edad: ofrecerle las riendas de El Refugio para que trabajaran juntas, su última apuesta por recuperarla. Un negocio que había construido con su sudor, su esfuerzo y solo pensando en su hija. Y ella, ella, lo había despreciado todo.

Y, sin embargo, ante aquel tsunami de emociones, el amor de su madre se volvía grande y evidente y hacía que, en realidad, todo tuviera sentido. Le demostraba que la pequeña Estrella era amada. Y aunque su tía hubiera usado sus contactos, todo su dinero y su poder para separarlas, ahora, era derrotada por unas humildes copias en papel carbón, escondidas durante años en una caja de cartón en la trastienda del último sueño de su madre.

¿Qué misteriosa mano la había guiado justo en esa Navidad a volver al pueblo, a pasar por El Refugio, a conectar con Belén de un modo tan honesto y verdadero que convirtió a Belén en instrumento de este milagro de Navidad?

La hora de su cita con Andrés Lambert había llegado y ante el espejo veía sus ojos hinchados, un rostro sin máscaras, vulnerable. Era el único que tenía ahora y con el que acudiría al encuentro con Andrés.

—¿Estás bien, has pillado algún virus?

Fue lo primero que le preguntó Lambert, sorprendido ante esa joven que aparecía tal cual era, conmovida por sus descubrimientos. Sin Rolex, sin tacones, sin maquillaje.

En realidad estaba mejor que nunca y fue muy fácil y natural rechazar la oferta de trabajo. Por mucho que Lambert, un poco herido en su orgullo al principio, desconcertado sin duda, insistió y trató de convencerla. Pero ella no se estaba haciendo de rogar, ni pretendía que él aumentara su oferta, ella le comunicaba de manera meditada y con toda la seguridad y el convencimiento, que no era la persona adecuada para hacerse cargo del proyecto en Singapur. Y es que, aunque Andrés Lambert no lo entendiera, ella no era la misma persona a la que él le había hecho la oferta. Y la que era ahora, que sospechaba más auténtica, tenía otros planes para su vida. Unos planes que desconocía en sus detalles pero que incluían una desaceleración y un vínculo emocional con el trabajo y con todas las personas con las que entrara en contacto. La cita con Andrés se prolongó mientras la charla, ya sin objetivos profesionales, se distendía y se convertía solo en una cena entre dos solitarios.

—Aún tengo intención del pasar por El Refugio de la Navidad antes de marcharme —dijo Lambert.

—Esta noche hay una fiesta allí —respondió Estrella sabiendo muy bien el dolor que causaba la soledad—. No deberías trabajar en Navidad.

Después de eso salió a la calle. Los copos de nieve, que habían sido un acompañamiento de sus días en el pueblo, volvieron a llenar el aire. Alzó el rostro al cielo y la nieve le besó la frente, las mejillas ¡Qué libertad sentía!

Caminó en dirección al Refugio, un lugar que ahora estaba limpio del rencor con que ella siempre lo había mirado y que cobraba un nuevo significado.

La gente empezaba a salir de casa tras la cena y había un ambiente festivo y alegre. Algunas personas caminaban con paquetes y bolsas de centros comerciales y grandes superficies.

Se detuvo frente a un negocio muy bonito. Estaba especializado en cavas, vino y productos gourmet. El producto estrella era el cava local, que se comercializaba en unas preciosas botellas de color rosa. La tienda estaba abierta y el local, vacío de clientes. El dueño, un joven con ojos de soñador y barba crecida, leía un libro, con mirada triste.

Dos mujeres se situaron junto a Estrella, ante le escaparate.

—Qué lastima, los sitios así no son buen negocio. Yo el champán lo compro en Amazon. Ah y ese otro tan cuco, El Refugio, otra ruina. Dicen que está a punto de cerrar. Al parecer, la chica que lo lleva tiene un problemón con Hacienda...

Estrella se puso alerta, con una mezcla de rebeldía y sentido de la acción. ¿Cerrar? ¿El Refugio? ¿Un problema con Hacienda?

Se dirigió a las mujeres.

—Tal vez, podrían colaborar más con los negocios locales y dejarse de rumorear tanto.

Más allá del escaparate, el dueño de la tienda le dirigió una mirada amable desde la soledad de su pequeño negocio.

“Feliz Navidad”, se leyó perfectamente en sus labios.

Estrella entró con una sonrisa de triunfo:

—¿Tienes 20 cajas de ese bonito cava que vendes? Ah, y 10 de esos panetones con tan buena pinta. ¿Qué te parece unirte a una fiesta?

Y así fue como, veinte minutos después, los dos se dirigían con el cargamento al Refugio. El alma de Estrella se sentía poderosa, como mejorada por la fuerza de aquella noche. Pero quería algo más, compartir su dicha y esperanzas con más personas.

Fue entonces cuando se fijó en un cuarteto de estudiantes de música que se congelaba en la

calle, tocando unos preciosos villancicos con sus instrumentos de cuerda.

Los viandantes pasaban distraídos, hablando entre ellos o mirando sus móviles.

—Chicos, os contrato. Y además os daré cava y panetone.

Los chicos demostraron su entusiasmo y no dejaron de tocar mientras la comitiva avanzaba hacia El Refugio.

Belén se resistía a dejarse llevar por el desamparo y la desesperación en una noche como aquella, pero la verdad es que su campaña para atraer a los vecinos, había tenido una tibia acogida y El Refugio se veía desangelado. La caja para las donaciones apenas recibía visitas y el árbol solidario seguía casi desnudo. Por supuesto, siempre estaban los incondicionales vecinos que no faltaban y le demostraban su apoyo, pero había una atmósfera de tristeza y necesidad, como si estuvieran visitando a un amigo gravemente enfermo, en una despedida inevitable.

¿Habría unas próximas Navidades? Quizá tenía que empezar a ser realista y considerar emplearse en cualquier trabajo normal, de nueve a cinco, pero no. No esa noche. Esa noche no era una noche para los pensamientos realistas, sino para la esperanza. Su cadena de música había decidido dejar de funcionar justo en ese momento y Belén suspiró con desaliento.

Entonces la alegre melodía de 25 de diciembre empezó a sonar con una textura íntima y exuberante. La interpretaba un violín y quizá un violonchelo, aún no sabía distinguir, pero era emotiva y festiva. La música, que parecía proceder de la calle fue creciendo en intensidad y venía acompañada de voces y risas. Al momento entraron por la puerta un montón de personas: los jóvenes músicos, un chico con una carretilla llena de cajas hasta arriba, personas de todas las edades, ancianos, niños, todos llenaron El Refugio. Y tras ellos, guiándolos, entró Estrella dirigiéndoles y dándoles instrucciones.

—Es aquí. Hay maravillosas piezas en oferta. La música, el cava y los dulces corren de nuestra cuenta. ¡Disfrutad de la noche en El Refugio de la Navidad!

Belén dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia Estrella. Su aspecto informal, su pelo suelto, todo transmitía una confianza natural, libre de todo artificio.

—Pero bueno, ¿tú quién eres? —bromeó.

—¿No es evidente? —le guiñó un ojo—. La Estrella que lleva a Belén.

—Pensaba que te marchabas hoy mismo a Singapur.

—He cambiado de planes.

—¿Cuánto vale esta preciosa escultura? —preguntó una señora.

—¿Tienes más de estos cojines?

—¿A quién le puedo pagar esto?

La inmensa actividad, no permitía conversaciones tranquilas y las chicas tuvieron que demorar las explicaciones y atender a los vecinos.

La gente entraba en conversación, reía y celebraba y El Refugio se convirtió, más que nunca en los últimos años, en lo que Belén deseaba: el corazón de la comunidad.

Andrés Lambert, cumplió su promesa y se pasó por El refugio, deseoso de conocer a la joven dueña y de integrarse en una fiesta tan distinta a las que estaba acostumbrado. Se presentó a Belén y le dijo lo impresionado que estaba por su trabajo: intuía que una asociación con Estrella podría ser creativamente muy potente y por eso quería realizar una donación generosa al Refugio.

—Lo hago por puro egoísmo —dijo deslizando un cheque en la caja de donaciones—. Para ser un cliente VIP en el futuro.

Belén dio las gracias a su benefactor. Se sentía como en un sueño, en el que todo da un giro fantástico. Entre el Rolex, la fiesta y aquel cheque podría aspirar a cubrir la deuda con Hacienda

y empezar de nuevo, mirando al futuro con esperanza.

Necesitaba compartir su gratitud y entusiasmo con Estrella, que seguía desplegando sus artes sociales. Belén escuchó cómo anunciaba que pronto arrancarían los talleres de inclusión social, ya que El Refugio iba a devolver el cariño de la comunidad con nuevas acciones.

Belén parpadeó. Ese proyecto era un sueño, pero los problemas económicos, las dudas, la habían hecho sentirse muy lejos de esa posibilidad. Y, sin embargo, la ilusión renacía con toda la fuerza esa noche.

—¿Hablas como si...? —dijo Belén con timidez, acercándose a ella.

—¿Como si hubiera bebido demasiado cava local exquisito? —Luego le dedicó una mirada intensa y sincera—¿O como si quisiera ser tu socia en este proyecto?

Belén hubiera podido desmayarse en ese momento. Las palabras o la intuición de Lambert, que parecía ver con claridad algo que Belén se prohibía, resonaron en ella.

—No bromees con algo que deseo tanto —dijo en un nuevo acceso de humildad.

Alguien requirió a Estrella llevándosela lejos de nuevo, pero el corazón de Belén se sentía expandido, porque en el fondo de su ser, sabía que Estrella le había dicho muy en serio aquello.

Era momento de hacer algo distinto. No podía esperar con su inseguridad característica. Así que se quitó el delantal rojo, buscó a Rubén, el chico de los cavas, que se veía muy a las claras que era un gran trabajador y quién sabe si un futuro colaborador.

—¿Puedes sustituirme cinco minutos en la caja?

Rubén aceptó encantado, feliz de la ocasión de disfrutar de una noche activa por fin.

Belén atravesó El Refugio y tomó a Estrella de la muñeca. La llevó de la mano, sin decir nada más, hasta la trastienda. Allí, el bullicio sordo de las voces de la tienda se mezclaba con los villancicos de fondo y la penumbra, solo iluminada por una tira de luces que parpadeaban sobre un estante, procuraba intimidad. Belén se sorprendió por el volumen claro de sus palabras cuando habló:

—¿De verdad quieres ser mi socia?

Ahora con esa ropa más casual, sin la altura de los tacones, parecían más cercanas.

—Quisiera retomar el legado de mi madre, si tú me lo permites. Y construir algo contigo.

La mirada de Estrella, con esperanza y apertura, revelaba el efecto sanador que había tenido las cartas y quizá explicaba el milagro.

Pero, ¿aquello era solo profesional? ¿Y sus sentimientos?, ¿qué hacía con ellos?

Si hubiera podido entrar en la cabeza de Estrella hubiera comprobado que a ella le atormentaban idénticas dudas y la impulsaban los mismos deseos.

Se mantuvieron frente a frente, esperando una el paso de la otra.

Finalmente Estrella le apartó un mechón del pelo de la frente y tocó la cicatriz.

—¿Qué es esto? —dijo, aunque ya lo sabía.

—Alguien me lanzó una vez un libro a la cabeza.

—Alguien que no estaba en su sano juicio, obviamente.

Estrella deslizó su dedo por la mejilla de Belén y llegó hasta sus labios. En el último instante retiró la mano, pero Belén la retuvo en el aire, alentándola a abrazar su intimidad.

Estrella miró alrededor.

—¿Qué pasa? —preguntó Belén con toda su atención y su anhelo puestos en ella. Esa retirada la había encendido de deseo.

—¿Vendes millones de cosas en la tienda y no tienes muérdago?

—¿Me estás pidiendo permiso para besarme?

Estrella se sorprendió ante el tono atrevido de Belén. Y le gustó lo que le transmitía. Tenía

razón. No hacía falta verbalizar algo evidente que pedía una culminación. No necesitaban permisos para lo inevitable.

La distancia entre ellas se cerró como si fuera lo más natural del mundo. El beso fue dulce explorador y más tarde intenso y confiado.

Después de tomarse todo el tiempo que pedía su deseo, interrumpiendo suavemente aquel beso tan esperado, Belén susurró al oído de Estrella un augurio que tenía parte de promesa: "Si nuestra asociación tiene tanta química como este beso, creo que el Refugio de Navidad tiene un provenir brillante".

Y en el cálido refugio de los brazos de Belén, Estrella creyó, por primera vez en mucho tiempo, en la magia de la Navidad y en el amor.

Agradecimientos

Gracias por abrir tu corazón al mundo de Belén y Estrella, y por permitirme ser parte de tu vida a través de estas páginas.

Me encantará escuchar tus opiniones y comentarios sobre la historia, así que, si lo deseas, no dudes en escribirme a chitaferro@gmail.com.

Como siempre, tu valoración en Amazon es muy apreciada y ayuda a que más personas descubran y disfruten de esta historia.

¡Hasta la próxima!

Libros de este autor

AMOR A LA SEGUNDA

Iris creía que todo iba bien por fin, en su granja lechera y con su novia. La suerte le sonreía cuando más lo necesitaba, pero a veces la buena fortuna solo es el preludio del descenso al infierno del desamor. Con todo perdido, Iris tendrá que rehacer su vida en todos los sentidos. Marianela, una antigua compañera de instituto, ahora convertida en una introspectiva veterinaria que parece juzgarla a cada rato, se cruzará en su camino. Pero las cosas no son fáciles cuando el dolor acoraza el corazón y no nos deja olvidar el pasado.

SUEÑOS RETRO

Sara tiene 17 años y se siente sola. Atrapada en un mundo donde todos parecen estar ocupados o conectados a una pantalla, encuentra su consuelo en los videojuegos antiguos. Un día, Sara descubre una vieja película de los ochenta: "Pesadilla en Elm Street". La película se convierte en mucho más que un clásico de terror para ella; Allí encuentra a Nancy: su heroína y su crush. Cuando un rayo impacta su ventana durante una noche de tormenta, la historia da un giro paranormal: Sara se ve lanzada dentro de la película, en un lugar donde puede hablar, luchar y vivir junto a Nancy. Ahora, en un mundo donde los sustos son reales y la amistad y el romance cobran un nuevo significado, Sara tiene que usar su ingenio para sobrevivir y ayudar a Nancy. Por otro lado, la mejor amiga de Sara, Kelly, a la que nunca ha conocido en persona y con la que ha mantenido una amistad a distancia, podría ser una ayuda inestimable para ella en esta aventura. Juntas, descubrirán cómo las conexiones que forjamos en la vida real pueden darnos fuerza, incluso en las peores pesadillas.